

A-C.130/2

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS

: : : : : Y LÍRICAS : : : : :

A LA ORILLA DEL MAR

: : : : : COMEDIA : : : : :

: : EN TRES ACTOS Y UN EPILOGO : :

: : : : : EN PROSA : : : : :

POR

JOSÉ ECHEGARAY



MADRID

— MAD
— CGL
— TL
— OF

PUNTOS DE VENTA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías y en la Sociedad de Autores Españoles.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de esta Sociedad.

Precio: 4,00 pesetas.

A-Caj. \$30.1/2

R
62578

A LA ORILLA DEL MAR

85250

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los representantes de la Sociedad de Autores son los exclusivamente encargados de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.



A LA ORILLA DEL MAR

COMEDIA

en tres actos y un eplogo, en prosa

POR

JOSE ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche de
12 de diciembre de 1893



TIP. YAGÜES

CALLE DEL DOCTOR FOURQUET, NÚM. 4
MADRID

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

VALENTINA, 23 o 24 años... ..	SRTA. MARIA GUERRERO.
OROSIA, viuda joven y guapa, 30 años... ..	SRA. ALVERA.
LUCIA ,su hermana, 18 íd... ..	RUIZ.
LEONCIO, de 28 a 30 íd... ..	SR. THULLIER.
DON SALUSTIO, de 65 a 70 íd.	CEPILLO.
DON BAUDILIO, 40 íd... ..	BALAGUER.
FELIPE, 30 íd... ..	GARCIA ORTEGA.
DON TRIFON, 50 íd... ..	CIRERA.
DON CRESCENCIO, 55 íd... ..	GARCIA.

Criadas y ama de llaves.

EPOCA CONTEMPORANEA





ACTO PRIMERO

La escena representa el pequeño jardín de un hotel, situado a la orilla del mar. En el fondo, una verja de hierro con su puerta. Detrás, el pretil de un muelle y horizonte de mar y cielo. A la derecha, la fachada del hotel, modesta, pero de buen gusto, con la puerta de entrada, su pequeña escalinata que conduce a ella, su toldo, y si se quiere, dos faroles. A la izquierda (del espectador), sigue la verja, con flores y enredaderas. En el jardín, bancos rústicos, mecedoras, sillas, mesitas de té, flores, etc. A la derecha, en segundo término, es decir, entre la verja y la escalinata, un grupo de árboles y flores. Es el hotel elegante, pero modesto, de un burgués acomodado, pero no de un aristócrata ni de un banquero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON SALUSTIO y FELIPE

- FELIPE *(Deteniéndose delante de don Salustio.)*
¿Qué lee usted, don Salustio?
- D. SAL. Cosas que ya no se leen.
- FELIPE ¿Y qué son ellas?
- D. SAL. Oiga usted, y medite. *(Leyendo.)* «Mas, ¡oh, señor, Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que creemos más lo que vemos que lo que ella nos dice. Y, a la verdad, no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras esas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos; que, como si a uno le muerde una víbora, se emponzoña

- todo y se hincha, así es acá.» ¿Qué le parece? (*Dejando de leer.*)
- FELIPE Muy hermoso. ¿Una de las «moradas» de Santa Teresa? ¿No es verdad?
- D. SAL. Justamente. «Moradas segundas: de lo mucho que importa la perseverancia para llegar a las «postreras moradas», y la gran guerra que da el demonio, y cuanto conviene no errar el camino en el principio para acertar.»
- FELIPE Eso conviene: no errar el camino en el principio.
- D. SAL. Pues me parece que todos los que vemos y todos los que nos vemos, erraron y erramos el camino en el principio.
- FELIPE No todos. Usted, sin que esto sea lisonja, por buen camino marchó siempre. ¡El hombre honrado, el magistrado integérrimo!
- D. SAL. El jubilado por edad, tan inútil como viejo y tan pesado como gruñón. Ya lo pensará usted si no lo dice.
- FELIPE ¡Por Dios, don Salustio, ni lo digo ni lo pienso!
- D. SAL. Porque usted es de lo poco que hay. Casi joven por la edad, casi viejo por la madurez. Leal y caballero como lo eran antes... los que lo eran. Cultivando su entendimiento con buenos estudios y sin caer en la tentación de vanidades ni ambiciones por las «cosas visibles, mordedura de víbora emponzoñosa», como dice Santa Teresa. Ya ve usted cómo le trato (*Riendo.*) O justicia por justicia, o lisonja por lisonja.
- FELIPE (*Riendo también.*) Yo soy menos modesto que usted. Todo lo que dice usted de mí es la pura verdad. Casi joven, casi viejo. Leal, lo soy; de caballero, me precio; ¡pues no faltaba más! Que estudio lo que puedo, ¡claro está! Y que no soy vanidoso, ¿pues en qué diablos iba a fundar mis vanidades? Nada, don Salustio, es justicia, no es lisonja todo eso que ha dicho usted de mí.
- D. SAL. Por justicia lo tuve yo al decirlo.
- FELIPE Pues a fe que me alegra el que le merezca

- a usted tan buena opinión. Y hoy, más que nunca, porque así le tendré a usted predispuesto a mi favor.
- D. SAL. ¿Va usted a pedirme algo?
- FELIPE Puede ser. (*Con cierto misterio.*)
- D. SAL. Pues a ello, que es usted una de las pocas personas a quienes yo aprecio de veras. Y cuenta con que yo soy un tanto dificultoso en esto de conceder mi aprecio. Mucha gente hay a quienes escribo: «mi apreciable amigo», y estoy pensando: «ni eres apreciable ni yo soy tu amigo.» Qué quiere usted, Felipe, yo no encajo en esta sociedad moderna; los moldes de mi ser son a la antigua. Bueno será el «triángulo» y bueno el «cuadrado», pero no encajan ni se acoplan. Así soy yo y así es ella.
- FELIPE Pues algo bueno hay en la moderna sociedad.
- D. SAL. No lo niego; pero no entro en ella. Con que a ver eso que va usted a pedirme.
- FELIPE ¿Y cómo lo digo, don Salustio?
- D. SAL. Como un hombre honrado dice cosas honradas; a boca llena. Bocas de corazoncito, labios apretados, medias palabras, son para pedir miserias o indignidades. Con que en voz alta y mirándome de frente.
- FELIPE (*Plantándose ante don Salustio.*) Don Salustio, estoy enamorado. Honradamente enamorado, pero locamente enamorado.
- D. SAL. ¿Usted?
- FELIPE Don Salustio, enamorarse, ni es un delito, ni es una maldad en estos tiempos; que en los que usted tanto admira, también se enamoraba la gente. El amor es un molde eterno, y entre sus moldes de usted, por viejo que sea, debe estar.
- D. SAL. Arrinconado, muy arrinconado, como trasto viejo en un desván, lo guardo en lo más hondo del corazón, por si en la otra vida me sirve; que «moldes de amor», en la vida del «amor eterno», de algo deben servir.
- FELIPE De modo ¿que no hice mal enamorándome?
- D. SAL. Según y conforme. Es decir, según sea ella.

- FELIPE Es un ángel.
- D. SAL. ¡Un ángel!... ¡Un ángel!... Preferiría que fuese una mujer honrada.
- FELIPE Lo es.
- D. SAL. No lo dudo; pero como no la conozco...
- FELIPE No sea usted hipócrita ni diplomático, que eso sí que no encaja en sus moldes de usted. Usted sabe quién es ella, y sabe usted que es tan buena como hermosa. Vamos, que lo sabe usted todo. Usted, como buen magistrado, es observador y perspicaz.
- D. SAL. ¿Se trata de Valentina?
- FELIPE De Valentina. ¿No es muy buena y muy hermosa? ¿No es un compendio de todas las perfecciones? Para mí, ¿no lo es todo? Usted la recogió al quedar huérfana, y ha sido usted su tutor, su maestro, su padre. Ha educado usted aquella inteligencia, ha formado usted aquel corazón, ha santificado usted aquella alma. Pues si además de ser Valentina lo que es por naturaleza, fué dirigida desde chiquituela por don Salustio, ¿cómo no ha de ser una perfección humana con resplandores de perfección divina?
- D. SAL. *(Después de escucharle sonriente.)* Vamos, vamos, querido Felipe, no pierda usted su aplomo, ni se me pierda usted en el laberinto de las pasiones desordenadas y neuróticas, como ahora se dice.
- FELIPE ¿Pero usted niega que Valentina...? *(Con calor.)*
- D. SAL. Yo no niego nada. Valentina es buena, es religiosa; ha cumplido y cumplirá siempre sus deberes como una mujer cristiana debe cumplirlos. Si llega usted a casarse con Valentina, no va usted mal; y ella, si no es la «perfecta casada», porque de perfecciones no hay que hablar tratándose de criaturas humanas, será una buena esposa.
- FELIPE Pues entonces, ¿qué tachas pone usted a Valentina?
- D. SAL. ¡Tachas! ¿Quién soy yo para poner tachas a nadie? Pero digo que Valentina lleva en

- su cabecita mona «un enemigo» muy peligroso: «su imaginación». Y «otro...» que puede ser amigo o enemigo, según los casos: su «carácter enérgico». Y «otro...» de mucho cuidado: su extraordinaria «sensibilidad». Y «otro...»
- FELIPE ¡Don Salustio, por Dios! ¡Dijo usted que no ponía tachas y no acaba usted!
- D. SAL. No son tachas: son «cuadidades, facultades»; como usted quiera llamarlas. Bien encauzadas, podría hacer de Valentina una santa chiquitita, al menos como pueden ser las santas entre locomotoras y alambres eléctricos, que no me parece a mí que son campos muy abonados para la santidad. Pero en cambio, si la imaginación y el corazón y la sensibilidad de esa criatura «erransen el camino desde el principio», como dice Santa Teresa, entonces ¡en qué abismos tan negros se precipitaría empuñada y terca en que eran focos de luz divina!
- FELIPE Pero aprendido tiene el buen camino, que usted le sirvió de guía desde el principio.
- D. SAL. Hice lo que pude. Y bien va, a no ser que se salga del camino y tome por algún atajo.
- FELIPE Para atajarla está usted.
- D. SAL. Falta que pueda. Pero, mire usted, Felipe, yo me alegraría mucho que Valentina se casase con usted. Le juro a usted que moriría tranquilo.
- FELIPE ¡Don Salustio!... ¡Don Salustio!... ¡Deme usted la mano! ¡Deme usted los brazos!
- D. SAL. ¿Por qué no? *(Se abrazan cariñosamente.)*
- FELIPE ¡Cuánto me quiere usted!
- D. SAL. Yo, mucho. ¿Y ella?
- FELIPE No sé. Me demuestra afecto, cariño fraternal, confianza... Pero, la verdad sea dicha, nunca me he atrevido a poner «los puntos» sobre las «ies». *(Riendo.)*
- D. SAL. Mal hecho, mal hecho: hay que escribir con buena ortografía, si no la escritura no se entiende.
- FELIPE Es que ante Valentina me siento cobarde.
- D. SAL. Cuando se trata de cosas honradas, uno de

los caminos más cortos para ir al infierno, es la «cobardía». Se queda uno ante el «diablo» o ante cualquiera de sus dignos representantes, sin atreverse a contradecirle, y le da uno gusto al diablo por no darle un disgusto, que es tontería de a folio.

FELIPE. Pues hoy mismo dejo de ser cobarde.

D. SAL. Perfectamente.

FELIPE. ¿Dónde está Valentina? ¿Se fué con doña Orosia, la encantadora viudita y con su preciosa hermana, la atolondrada Lucía?

D. SAL. No, señor. Se fué a misa con el ama de llaves, que es persona de respeto y de confianza.

FELIPE. ¡Ya!

D. SAL. Con esas señoras va lo menos posible. No, no es que yo tenga que decir nada malo de ellas. Pero ellas viven a la moderna, y yo por mis años y por mis gustos vivo a la antigua. Son de la familia de mi difunta, que en paz descansen, y hay que atenderlas y que obsequiarlas. Y cuando yo no las obsequio, las obsequia Valentina. Y cuando no las obsequiamos ninguno de los dos, «se obsequian ellas».

FELIPE. (*Riendo.*) Eso me ha parecido observar.

D. SAL. Hoy precisamente se convidaron a almorzar en compañía nuestra. Todo sea por amor de Dios. Y ya tardan.

FELIPE. Me parece que ahí están. (*Mirando hacia fuera.*)

D. SAL. (*Asomándose a la verja.*) Sí; me dieron en los ojos cambiantes caprichosos y chillones de la moda, y resplandores insolentes del lujo: ellas son. ¡Ay, Dios mío, que las costumbres en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo!

ESCENA II

DON SALUSTIO y FELIPE, OROSIA y LUCIA, elegantísimas y a la moda, risueñas, impetuosas.

- OROSIA Felices días, señor don Salustio. No nos esperaba usted tan temprano, ¿verdad?
- LUCIA No nos esperaba, no; pero aquí estamos.
- D. SAL. Pues no acertaron ustedes, y perdonen que se lo diga. Les esperaba: no precisamente como se espera al «Santo Advenimiento»; pero al menos, como se espera a señoras a quienes se considera y respeta.
- OROSIA Siempre tan cortés.
- D. SAL. Es lo menos que se puede haber aprendido a cierta edad: ser cortés con las damas.
- LUCIA (A Felipe.) Usted, como es más joven, no aprendió todavía esas lecciones.
- FELIPE ¡Lucía!...
- LUCIA Lo digo, porque no hace usted caso de nosotras.
- FELIPE Esperaba que acabasen ustedes con don Salustio.
- LUCIA Usted no hace caso más que de Valentina. (En voz baja.)
- OROSIA Y Valentina, ¿se levantó ya?
- D. SAL. ¡Ave María Purísima! ¡Levantarse y son las once! En mi casa todo el mundo se levanta al amanecer. A las luces de Dios no se les hace esperar: en cuanto llegan, se abren de par en par ventanas y balcones para que entren a favorecernos.
- LUCIA No, pues por mí ya harían antesala.
- OROSIA No crea usted, también madrugamos. El médico me ha mandado que tome el baño muy temprano, para entonarme con el agua del mar. ¡Y qué fría está! (Estremeciéndose.)
- LUCIA Y yo también necesito entonarme.
- D. SAL. Todos necesitamos entonarnos, señorita.
- LUCIA ¿Usted también? (A Felipe.)
- FELIPE No sé; no he consultado con el médico.
- OROSIA ¿Con que Valentina anda por ahí? ¿Se la puede ver?

- D. SAL. No anda; probablemente ahora estará de rodillas.
- LUCIA ¡De rodillas! (*Riendo.*) ¿La tiene usted castigada?
- OROSIA ¿Pero por qué la tiene usted de rodillas? (*Riendo mucho.*)
- D. SAL. La tienen de rodillas sus pecados. Se fué a misa.
- OROSIA Es verdad: ¡si hoy es día de misa! ¡Se nos había olvidado! (*A su hermana.*)
- LUCIA Ya te decía yo que nos faltaba algo. (*Con ligereza, como si se tratase de otra cosa.*)
- D. SAL. «Algo» les faltaba a ustedes, en efecto. Pero, en fin, mañana oyen ustedes dos.
- OROSIA Si tenemos tiempo, ya lo creo que las oiremos. ¡Pero si esto no es vida, don Salustio!
- D. SAL. No es vida, no señora. Esto es sueño, es delirio, es ruindad, es miseria.
- LUCIA ¡Ay, qué mísero está usted, don Salustio! ¿Y usted qué opina, Felipe?
- FELIPE Yo creo que la vida no es tan mala, sobre todo si la esperanza la ilumina.
- LUCIA No tiene usted malas iluminaciones!
- OROSIA No, pues yo no me aburro, ni tengo tiempo para aburrirme. El baño, el desayuno, el paseo, el almuerzo, otra vez el paseo, las tiendas, las visitas, el otro baño, el otro paseo, la comida, el teatro, el concierto, el casino, la cena, ¿qué más quiere usted don Salustio?
- D. SAL. Yo no quiero más, señora; ni siquiera tanto.
- LUCIA ¿Y usted, Felipe?
- FELIPE A mí me basta con el baño y un paseo.
- OROSIA ¿Pero en qué ocupa usted el día? ¿Se aburrirá usted?
- LUCIA Sí, sí; se aburre. Cuando llegamos tenía cara de aburrido.
- FELIPE No, ciertamente; que estaba en compañía de don Salustio. Y después llegaron ustedes, y con ustedes el aburrimiento es imposible. (*Entre cortés e irónico.*)
- OROSIA Es usted muy amable.
- D. SAL. En la sociedad moderna, «todos somos amables»: es cosa sabida.

- OROSIA Pues eso vamos ganando, si en la «sociedad antigua» no lo eran todos.
- LUCIA ¡Ah! ¿Saben ustedes? Nos ha caído «otra ocupación».
- D. SAL. ¿Pero habrá hueco para esa ocupación?
- LUCIA Será preciso hacérselo. Ha entrado en el puerto un «Yacht» de recreo, que dicen que es una maravilla, y hay que visitarlo.
- FELIPE Será de algún inglés.
- OROSIA No sé. Pero es elegantísimo; al menos por fuera.
- D. SAL. Hay muchas embarcaciones empavesadas y elegantes por fuera, que por dentro... no lo son tanto.
- LUCIA Pues el «Yacht» lo es por dentro y por fuera.
- OROSIA Irá con nosotras Valentina a verlo. Y usted también.
- D. SAL. No sé si podré.
- LUCIA No hay excusa. Iremos todos: usted también, Felipe.
- FELIPE Me tienen ustedes a sus órdenes.
- OROSIA Pero hay que escoger un buen día. Cielo despejado y mar tranquilo, porque a mí me dan mucho miedo las olas.
- D. SAL. ¡Hola, hola!
- LUCIA Y a mí también. Cuando vienen tan blandas, tan blandas, y me cogen todo el cuerpo, ¡ay qué miedo!... ¡Pero es agradable al fin!
- OROSIA Llevaremos con nosotros a don Trifón, que entiende mucho de cosas de la atmósfera, y de las nubes, y de los vientos.
- FELIPE Es un gran meteorologista, como si dijéramos.
- LUCIA Eso; «los meteoros». Y él nos dirá si vamos seguras. Y también a don Crescencio, que es un gran chismógrafo.
- D. SAL. ¡Chismógrafo! ¿Y qué tiene que ver eso con que el mar esté tranquilo o revuelto?
- LUCIA Pues yo lo he oído decir. Una persona que entiende mucho de «terremotos», ¿no se llama chismógrafo, o chismólogo, o chismologista? A mí me suena.

- D. SAL. (¿A qué no te sonará a ti la cabeza?)
(*Aparte.*)
- FELIPE Una cosa así es: «seismologista», quiere usted decir; porque en griego «seismos» significa terremoto.
- LUCIA Eso es. «Chismes» o «seismos» ¿qué más da?
Un hombre que cuenta chismes del interior de la tierra: si se oyen ruidos, si se mueve, si palpita, pues de eso sabe mucho don Crescencio.
- D. SAL. ¡Ya! Por eso don Trifón va siempre con la cabeza levantada, mirando a las nubes, y don Crescencio con la cabeza baja como buscando un rastro. «Ahora lo comprendo todo».
- OROSIA Yendo los dos no hay cuidado.
- D. SAL. Claro está. Ya no puede suceder nada ni en el «cielo» ni en la tierra sin que ustedes se enteren. Donde podría suceder algo de que ustedes no se enterasen, es en el «infierno».
- OROSIA Para eso le llevamos a usted. Para que nos entere de lo que pasa en esas regiones.
- D. SAL. Ya se enterarán ustedes cuando vayan.
- OROSIA Pues nosotras, ¿qué hacemos «de malo» para ir allá?
- D. SAL. ¿Y qué hacen ustedes «de bueno» para no ir?
- FELIPE Don Salustio es muy severo. (*A Orosia y a Lucía.*)
- OROSIA Ya lo vemos. ¿Y qué diría si supiese que anoche jugamos en el Casino a los caballitos?
- LUCIA No tendría nada que decir, porque ganamos.
- D. SAL. No diría nada; porque mi generación fué siempre respetuosa con las damas.
- OROSIA Don Salustio, nos ha sofocado usted y quisiéramos quitarnos los sombreros. Como no está Valentina, a usted acudimos.
- LUCIA Es verdad. Quitarnos los sombreros y arreglarnos las cabezas.

- D. SAL. ¿Arreglar las cabezas?... ¡Vamos allá! (*Con precipitación cómica.*)
- OROSIA Pero se va usted a molestar...
- D. SAL. No es molestia, es obra de caridad. Con que yo les llevaré al gabinete de Valentina.
- OROSIA Pues vamos. Hasta ahora, Felipe.
- LUCIA ¿Almorzará usted con nosotros, Felipe?
- D. SAL. Sí, señora. Todos almorzaremos juntos. Y también don Trifón y don Crescencio si llegan a tiempo. A ver si entre todos arreglamos el cielo y el mar y las cabezas descompuestas. Pasen... pasen... (*Llevándolas a la escalinata de subida.*)
- LUCIA Adiós, Felipe.
- FELIPE Adiós...
- D. SAL. Vamos, doña Orosia... pase usted, Lucía...

ESCENA III

FELIPE; después VALENTINA, con traje negro y manto o mantilla: viene de la iglesia y trae un libro de misa en la mano. Le acompaña una DONCELLA o AMA DE LLAVES

- FELIPE De mal humor tenemos para todo el día a don Salustio. No es suave de carácter; pero es muy bueno. Y para mí... para mí ha sido un ángel. ¡Ay, mi Valentina! Por don Salustio no hay dificultad. Pero, ¿y por ti? ¡Dios mío, qué miedo me da declararme! Ella viene. Valor.
- VALEN. Hola, Felipe. Buenos días. (*A la criada, quitándose la mantilla y dándole el libro y la mantilla.*) Lleve usted esto a mi cuarto. (*Sale la criada.*)
- FELIPE ¿Viene usted de la iglesia?
- VALEN. Sí; de allá vengo.
- FELIPE ¿Y ha rezado usted por mí?
- VALEN. Por todas las personas a quienes quiero bien: y usted es una de ellas.
- FELIPE ¿El «primero»?
- VALEN. (*Riendo.*) No les he dado «numeración» todavía. Pero no es usted de los últimos.
- FELIPE ¡Valentina!...
- VALEN. ¡Qué calor hace!... ¿Decía usted?...

- FELIPE Nada dije; pero tengo que decir mucho.
- VALEN. ¿Ocurre algo?
- FELIPE A los demás, no sé. A mí, sí: me ocurre mucho.
- VALEN. ¿Qué le pasa a usted? (*Con mucho interés.*) ¿Algún disgusto? Ya sabe usted que de veras lo sentiría. Es usted una de las personas a quienes más aprecio. Después de don Salustio, que ha sido para mí como un padre... ¿por qué no decirlo?, es usted, para mí, «el primero». (*Dándole la mano.*)
- FELIPE Gracias, Valentina.
- VALEN. Pues cuénteme usted. Me tiene usted impaciente.
- FELIPE He hablado con don Salustio, de modo que estoy autorizado por él. Este paso que doy es el de un hombre honrado y leal.
- VALEN. No comprendo.
- FELIPE Usted es leal y franca: no finja usted. Usted me comprende, Valentina. (*Con expresión y angustia.*)
- VALEN. Ya... ¿Y si me equivoco? ¿Y si le doy a usted un disgusto sin necesidad? ¿Y si me pongo en ridículo?
- FELIPE ¡Valentina!... Antes de conocer mi súplica, ¿ya la niega usted?
- VALEN. Estamos hablando de una manera... que no nos entendemos.
- FELIPE Tiene usted razón. Valentina, acabo de decirle a don Salustio, que la quiero a usted con toda mi alma. Que mi dicha suprema sería que fuese usted mi esposa. ¡Mi dicha y mi orgullo! Ya sé que no lo merezco, pero siempre se pide más de lo que se merece.
- VALEN. ¡Felipe!...
- FELIPE Respóndame usted con franqueza.
- VALEN. Me sorprende tanto lo que usted me dice...
- FELIPE La verdad.
- VALEN. Tendré que repetir lo que antes dije. Es usted mi mejor amigo: es usted para mí, como un hermano: si necesitara acudir a alguien, a usted acudiría: por su felicidad de usted, estoy dispuesta a grandes sacrificios, y sus penas me duelen como pro-

pías... Pero, Felipe, yo no... yo no he pensado en casarme. (*Animándose por grados.*) El matrimonio, me lo ha dicho muchas veces don Salustio, es un sacramento sublime y peligroso. Es dar más que la vida: es dar el alma. Todo el presente, todo el porvenir, quizá la vida sin fin de otra vida. Y yo no puedo ligarme con promesas, ni puedo alentar a usted con esperanzas que ni podría cumplir, ni podría realizar. ¿Le ofende a usted mi franqueza?

FELIPE ¿Ofenderme? No, Valentina; pero me causa profunda tristeza. ¿Ni la esperanza me deja usted? ¿Y si a fuerza de cariño y de constancia consiguiese yo que usted me quisiera?

VALEN. Si es que le quiero a usted mucho.

FELIPE Entonces...

VALEN. ¡Pero casarnos, Felipe! Jamás me había ocurrido esta idea. ¿Unirme a un hombre para siempre? ¡Oh! ya no soy una niña, y debo pensar con seriedad en cosas serias. Don Salustio lo dice: una boda no es cosa de juego. Ni es tampoco unir dos cuerpos con una cadena, como se unen dos presidiarios encadenando los grilletes. Es de dos llamas hacer una sola hoguera, de modo que sean siempre la misma luz, y el mismo calor, y, al fin, la misma ceniza. Es fundir dos espíritus en uno solo; y yo siento mi espíritu «mío» y desligado de los demás.

FELIPE ¡Qué crueles son sus palabras de usted, Valentina! Bien sé yo que no la merezco, que soy para usted muy poco, nada. Pero mi amor es muy grande, y un amor muy grande consigue mucho. Usted es muy religiosa, Valentina, y sabe bien que, con ser nosotros tan pequeños y ruines, y con ser Dios tan grande, por el amor le hacemos nuestro; pues así aspiro yo a que usted sea mía.

VALEN. Si no consiste en ser grande ni pequeño, ni consiste en merecer tampoco. Fuera usted

el último de los hombres y yo la más perfecta de las mujeres, pues como sintiera impulso de amor por usted, le querría con amor. Pero, por Dios, Felipe, dejemos aquí esta conversación, que a usted le molesta y a mí me obliga, por convencerle, a decir cosas que no está bien que diga. Quedamos buenos amigos, y usted no me guarda rencor, ¿verdad?

FELIPE Rencor, nunca. ¿Por qué? La culpa es mía, que no he sabido ganar ese corazón. Pero no desisto, sépalo usted. La constancia puede mucho.

VALEN. Por Dios, Felipe, no diga usted eso. Yo probablemente no me enamoraré nunca ni me casaré nunca. Y usted va perdiendo con su tenacidad; porque temerosa yo de alentar en usted esperanzas, que son imposibles, no seré con usted tan expansiva ni tan cariñosa como quisiera. Convéznase usted, yo soy una mujer muy seca de corazón, muy fría.

FELIPE Eso, no. Usted es un alma apasionada. Yo sí, que soy un hombre prosaico, un honradote vulgar, que no ha sabido herir su imaginación de usted, que es toda fuego.

VALEN. (*Procurando echarlo a broma.*) ¡Lo acertó usted! Si yo soy la mujer menos romántica que vió la luz del astro esplendoroso. (*Riendo.*) ¿A qué aspiro? A despachar mis quehaceres domésticos, a cumplir mis deberes religiosos, a vivir muchos años con don Salustio, y por todo entretenimiento, a oírle leer, por las noches, libros muy hermosos que hablan de amor divino. Los oigo adormilada sin comprenderlos bien; pero me llenan el primer sueño de notas alegres o tristes, siempre muy dulces, y cuando se me cierran los ojos del todo, se me cierran llenos de lágrimas. Yo no leo nada, ni pienso en nada, ni sé nada. Soy una criatura insustancial, que se morirá de vieja sin haber sido joven. Tenga usted paciencia, unos pocos años, y me verá usted con pa-

- palina blanca, anteojos azules, un gato en la falda y haciendo calceta, y atrévase usted a pedir entonces la mano de sarmiento de la arrugada Valentina.
- FELIPE No quiero molestar a usted más. Dejemos esta conversación.
- VALEN. ¿Pero queda usted enojado? Mire usted, que por nada de este mundo quiero perder su amistad.
- FELIPE No la perderá usted.
- VALEN. Pues deme usted la mano.
- FELIPE ¿Puedo ser más feliz? *(Con triste ironía.)* A pedir su mano vine y usted me pide la mía. *(Dándole la mano.)*
- VALEN. No sea usted rencoroso.
- FELIPE Silencio, que ahí vienen.
- VALEN. ¿Quiénes?
- FELIPE Orosia y Lucía.
- VALEN. ¡Ay, qué jaqueca!
- FELIPE Ya se la dieron a don Salustio. Hoy almuercen con ustedes.
- VALEN. Y usted también, ¿verdad?
- FELIPE También yo, si usted lo desea.
- VALEN. Lo deseo y lo ruego.

ESCENA IV

VALENTINA y FELIPE; OROSIA, LUCIA y DON SALUSTIO por la escalera de la derecha.

- VALEN. ¡Queridas!... *(Saliéndoles al encuentro.)*
- OROSIA ¡Ya estás de vuelta, picarona! *(Besándola.)*
- LUCIA Has de saber, que no te echábamos de menos. Don Salustio y Felipe han estado muy amables con nosotras.
- D. SAL. Yo, sobre todo.
- FELIPE No me quite usted la primacía.
- D. SAL. ¿Vamos adentro?
- LUCIA No, no: aquí, hasta la hora de almorzar: el aire libre despierta el apetito.
- D. SAL. Como ustedes quieran. *(Se van sentando.)*
- OROSIA ¿Sabes? *(A Valentina.)* Preparamos una expedición al «Yacht».
- VALEN. ¿A qué «Yacht»?

- LUCIA Al que entró anoche, ¿no has reparado en él? ¡Es hermosísimo! ¿Querrás venir?
- VALEN. Ya lo creo. Si el mar es mi encanto. Siempre el mismo y siempre distinto. ¡Cuántas olas se habrán formado durante siglos y siglos! ¡Y cuántas espumas deshechas! ¡Y nunca acaban las olas ni acaban nunca las espumas!
- OROSIA Pues hija, a mí todas me parecen iguales. Grandes o pequeños, azules o verdes, ¿qué más da? Más variedad de telas y de colores hay en una tienda, que en todos los mares del mundo. ¡Las telas, las telas sí, que cuando el tendero las extiende, forman ondas bonitas! ¿Verdad, Felipe?
- FELIPE Eso va en gustos.
- LUCIA ¡Ay! pues a mí para bañarme me gusta mucho el mar. ¡Está tan manso, cuando no está alborotado!
- D. SAL. (*Aparte.*) (¿Habló usted a Valentina?) (*A Felipe.*)
- FELIPE (Sí, señor.)
- D. SAL. (¿Y cómo se presenta?)
- FELIPE (Muy mal.)
- D. SAL. (¡Demonio de chica!)
- VALEN. (*Que ha estado hablando con Orosia y Lucía.*) ¿De modo que da su permiso don Salustio?
- OROSIA Sí, hija; y en cuanto nos enteremos de quién es el dueño, pido permiso y allá vamos todos. Hasta don Trifón y don Crescencio: ellos nos responden del viento y del mar.
- VALEN. ¿Y el «Yacht», de quién es?
- OROSIA No te digo que no lo sé todavía.
- LUCIA Será de algún ruso o de algún inglés. Pero yo supongo que serán muy finos y que nos darán su correspondiente «lunch» con jerez y champagne. El «jerez inglés» es el mejor.
- VALEN. Eso es lo de menos.
- LUCIA No, hija. Eso es lo principal. Pues si un «Yacht» no sirve para obsequiar a las damas, ¿para qué sirve? ¿Para dar tumbos en el mar? ¡Valiente diversión! Y si un

- inglés rubio no sirve para ofrecernos jerez rubio, ¿para qué sirve? ¡Valiente inglés!
- FELIPE No se apure usted: tendrá usted jerez.
- LUCIA Pero de Londres.
- FELIPE De Londres.
- OROSIA Me parece que viene don Baudilio. Trae la mano en la cara y no le veo del todo, pero debe ser él.
- LUCIA Traerá la jaqueca de siempre.
- OROSIA ¡Qué lástima de hombre! Si no fuera por sus neuralgias!...
- D. SAL. ¿Qué?
- OROSIA Nada, que estaría muy bueno.

ESCENA V

VALENTINA, OROSIA, LUCIA, DON SALUSTIO y FELIPE; DON BAUDILIO, arrugando un lado de la cara y poniéndose la mano en la sien.

- D. BAU. ¿Permiten ustedes?
- D. SAL. Adelante.
- D. BAU. A los pies de usted, Valentina. A los pies de usted, Orosia. A los pies de usted, Lucía. Me parece que no hay más señoras. (*Arrugando tanto el lado derecho que se le cierra el ojo de este lado. Tiene que mirar con el ojo izquierdo todo alrededor para cerciorarse de que no hay más señoras a quien saludar.*)
- VALEN. ¿Cómo se encuentra usted hoy, don Baudilio? (*Con dulzura.*)
- D. BAU. Mal, hija; muy mal. Felices, don Salustio. (*Dándole la mano.*) Felices, Felipe. (*Lo mismo.*) Me parece que no hay más señoras. (*El mismo juego de antes.*) No sé si he saludado a todos, porque no sé dónde tengo la cabeza. Sí, creo que he saludado a todos.
- D. SAL. ¿Con que no se siente usted bien?
- D. BAU. No, señor. Tengo este lado derecho de la cara ¡tirante! ¡tirante! ¡tirante! ¡Tengo aquí una garra!
- VALEN. Pobre don Baudilio. (*A Orosia.*)
- OROSIA Ya, ya. ¡Un hombre que podía ser tan fe-

- liz! Casi joven; casi bien parecido; muy bueno y muy rico.
- D. BAU. ¿Y ustedes? Supongo que ustedes tendrán neuralgia. Deben tenerla: el tiempo va a cambiar.
- D. SAL. Yo creo que voy a tenerla, si no es que ya la tengo.
- D. BAU. La tendrá usted: la tendrá usted de fijo. ¿Y usted, doña Orosia?
- OROSIA. También hay preludios.
- D. BAU. Pues la tendrá usted: pierda usted cuidado. ¿Y usted, Valentina?
- VALEN. No; yo estoy buena a Dios gracias.
- D. BAU. No hay que fiarse Valentina, prepárese usted. El barómetro ha bajado: me lo ha dicho don Trifón. El seismógrafo está todo tembloroso: me lo ha dicho don Crescencio. Señores, no hay cuerpo que resista estos cambios. En su tiempo de usted no había neuralgias, don Salustio, ¿verdad?
- D. SAL. No, señor: esta es fruta contemporánea del telégrafo.
- OROSIA. Pero había jaquecas, que da lo mismo.
- D. BAU. No hay que confundirse, señores. Yo unas veces tengo jaqueca y otras veces tengo neuralgia, y alterno. Valentina, ¿será usted tan buena que pida un vaso de agua? Voy a tomar el tercer papelito de antipirina (*Lo saca del bolsillo con mucho cuidado.*)
- VALEN. Sí, señor. (*Toca un timbre.*)
- D. BAU. Perdone usted que la moleste, pero cuando estoy así molesto a todo el mundo. ¡Dios mío! yo tomo café, yo tomo té, yo tomo bromuro, yo tomo antipirina... ¡y nada!... ¡Ay! ¡ay!... Ahora se ha pasado el dolor al lado izquierdo. (*Desarruga el lado derecho y arruga el izquierdo, cerrando casi el ojo de este lado y apoyando la mano en la sien izquierda.*) Hemos cambiado de garras: pues esto, miren ustedes, esto des cansa.
- CRIADA. ¿Llamaban los señores?
- VALEN. Traiga usted un vaso de agua.

- D. BAU. Agua sola. ¡Eh! sola. No, sola no: con una cucharilla. ¡Ah!... además, un terrón de azúcar para tomarlo después.
- CRIADA Sí, señor.
- D. BAU. ¿Y usted no tiene neuralgia, Lucía?
- LUCIA No, señor; lo que tengo es hambre.
- D. BAU. Feliz usted. ¡Qué cara tan mala tiene usted, Felipe! ¡Usted la tiene! ¡la tiene!
- FELIPE Sí, señor; y muy fuerte.
- D. BAU. Es claro: todo el mundo. Esto consuela: digo, que consuela. (*Entra la criada con el vaso de agua, la cucharilla y el azúcar.*) el que cambie de sitio el dolor. (*Llevando la mano al lado izquierdo de la cara.*) Traiga usted, joven. (*Toma el agua y pone el vaso en una mesita. Sigue hablando mientras prepara la antipirina.*) ¡Ah! Don Salustio, tengo que darle a usted una noticia. ¿Sabe usted a quién he visto? ¿Sabe usted quién ha llegado?
- D. SAL. Lo sabré, si usted lo dice.
- D. BAU. Lo diré; pero aguarde usted a que se deshaga... a que se mezcle...
- D. SAL. Con calma, don Baudilio: no tengo prisa.
- D. BAU. Yo sí; porque aprieta. ¿Tomaré dos papeliños? ¿qué le parece a usted, Valentina?
- VALEN. ¿Sufre usted mucho?
- D. BAU. Mucho, querida, mucho, Pues llegó anoche «una persona»... y me la he encontrado hoy... disuelta... (*Mirando al vaso y revolviendo el agua.*)
- D. SAL. ¡Se la ha encontrado usted hoy disuelta!... ¡hombre!...
- D. BAU. No; decía que ya está disuelta, o poco menos, la antipirina.
- D. SAL. ¡Ya! ¡nos habíamos alarmado!...
- D. BAU. Pues una persona. ¿No adivina usted quién? (*A don Salustio.*)
- D. SAL. No adivino. (*Don Baudilio toma la antipirina.*)
- D. BAU. Le va a sorprender a usted... porque esa persona... esa persona... No me pasa de aquí... (*Llevando la mano a la garganta.*)
- OROSIA ¿Tan antipática es?



- D. BAU. No; lo decía por la antipirina. Llegó anoche en el «Yacht».
- LUCIA ¿El «Yacht» trae cargamento de antipirina?
- D. BAU. No, hija, no. Decía que esta persona llegó anoche en su «Yacht». Porque el «Yacht» es suyo. ¿Quién lo creyera?
- LUCIA ¿Conoce usted al dueño del «Yacht»? ¡Qué dicha!
- D. BAU. Ya lo creo que le conozco. Y usted también, don Salustio. Y usted debe acordarse de él; porque cuando eran ustedes niños, pasaron juntos algunos veranos. (A *Valentina*.) Pues me siento mejor. ¿Le parece a usted que tome otro papelito, Felipe?
- FELIPE Hombre, espere usted el efecto del que ha tomado.
- VALEN. ¿Quién es esa persona, don Baudilio?
- LUCIA ¿Quién es el dueño del «Yacht»?
- D. BAU. Decididamente estoy mejor.
- D. SAL. ¿Pero acaba usted de decirnos quién es?
- D. BAU. Su sobrino de usted.
- D. SAL. ¡Leoncio!
- VALEN. ¡Dios mío! ¡Leoncio!
- D. BAU. Ni más, ni menos. Hecho todo un señor, hecho un inglés. Con su «Yacht» y algunos millones. Es decir, ayer los tenía; pero como pasó la noche en el Casino, no sé si los tendrá hoy. ¿Con que les alegra la noticia?
- OROSIA Muchísimo, aunque no tenemos el gusto de conocer a su sobrino de usted. (A *don Salustio*.)
- LUCIA ¡Resulta que el dueño del «Yacht» es sobrino de don Salustio! ¡Qué felicidad!
- VALEN. Eramos muy pequeños cuando yo le conocí; pero bien me acuerdo de Leoncio, Leoncio... Leoncio... ¡Qué alegría!... ¡Volver a verle! Yo tenía nueve años, él trece... ¡Cómo pasa el tiempo!...
- D. BAU. Y a usted, ¿qué efecto le produce la noticia? (A *don Salustio*.)
- D. SAL. Un efecto pésimo. Desagradable: muy des-

agradable: así como suena. Me ha dado usted un gran disgusto.

D. BAU. Me lo figuraba. (*Con aire de triunfo.*)

D. SAL. Muchas gracias.

D. BAU. Se lo he dicho a usted, para que esté usted prevenido.

OROSIA Pero don Salustio, ¿no le regocija a usted recibir la visita de un sobrino? ¡y de un sobrino rico, que no vendrá «a pedir» seguramente!

LUCIA ¡Y que tiene un «Yacht»! Señor, un sobrino con un «Yacht» de recreo, es casi un hijo.

D. SAL. Si acosado por la desdicha, por una desdicha inmerecida, acudiese a mi puerta «a pedir», le abriría mis brazos con cariño y le recibiría, no como a sobrino, como a hijo. Pero siendo «lo que yo sé que es»; y viniendo con ese «Yacht» que les encanta a ustedes y con muchos millones, ganados seguramente, no sobre los «verdes campos» en faenas agrícolas con el honrado sudor del rostro, sino sobre «verdes tapetes» con manos febriles; si pudiera cerrarle esa verja y soltarle dos perros de presa, ya estaría corriendo el cerrojo y desatando los perros.

VALEN. ¿Tan malo se ha vuelto Leoncio? (*Con curiosidad y pena que no oculta.*)

D. SAL. ¡Ea! Leoncio es un perverso y un perverso. Aunque sea mi sobrino, yo digo que es un perverso. Aunque sea hijo de mi hermana, no ha heredado nada de aquella santa. Fué muy santa, pero fué muy débil y ahí está el mal. La mala educación. Se dejan caer las riendas por gracia o gallardía sobre el cuello del potro mal domado, y el potro se desboca, y las riendas se desprenden, ¡y detenga usted al animal! No, señor; no, señor. Hasta que esté domado, doble rienda, cabezón de serreta, espuela vaquera, látigo de desbravador y mucho picadero. Eso le hizo falta a Leoncio. Ya... es imposible.

- VALEN. ¿Pero qué ha hecho?
- D. SAL. Qué no ha hecho, pudieras preguntar.
- OROSIA ¡Bah! Don Salustio es muy severo: calaveradas de joven.
- LUCIA Yo estoy leyendo la vida de Byron y también fué muy calavera. Eso no quita...
- D. SAL. Eso quita muchas cosas: sobre todo «quita» honra y «pone» desbordamiento. Jugador desatinado y frenético...
- LUCIA Pero gana. ¡Qué puede usted echarle en cara si gana!
- D. SAL. (*Le dirige una mirada terrible.*) Jugador frenético, digo. Hoy millones: ayer ni calderilla. ¡Por la mañana «palacios!, por la noche, el «banco» de una plaza pública por alcoba.
- VALEN. ¡Si usted le corrigiese! ¡Puede usted tanto! ¡Sus consejos son tan buenos! ¡Se acuerda usted del carácter que yo tenía? Pues usted me ha corregido mucho.
- D. SAL. Hay fieras a las cuales no es posible corregir.
- OROSIA La fiereza sienta bien en el hombre.
- D. BAU. Decididamente yo estoy mejor. (*A Felipe.*)
- FELIPE Lo celebros.
- D. SAL. ¡Y si no fuese más que jugador! Pero es claro, casi siempre tiene mucho dinero y el oro que se cuaja en molde impuros, en impurezas se derrite. Leoncio tiene todos los vicios: y cuando digo todos... digo todos, y no he de hacer la cuenta: de esas cuentas el diablo se encarga.
- VALEN. ¡Qué cosas permite Dios! ¡Pobre Leoncio!
- D. BAU. Del capítulo de mujeres se refieren cosas horrorosas.
- D. SAL. Pues no tiene usted para qué repetirlas si son horrorosas, que lo sean.
- D. BAU. Si no las refiero. Pero tiene una lista de amores, seducciones, raptos, adulterios... que ni la lista aquella de Leporello.
- D. SAL. ¡Pues guárdese usted esa «lista», hombre de Dios!, que con su neuralgia del diablo, ni sabe usted lo que se dice, ni repara que hay delante señoras, señoritas y personas

- de respeto. Perdona usted, pero tengo los nervios...
- D. BAU. (*Dirigiéndose triunfante a los demás.*) ¡Ya la tiene! ¡ya la tiene! ¡ya le empieza la neuralgia! Si lo dije, señor: lo dije. ¿Quiere usted un papelito de antipirina? (*A don Salustio.*)
- D. SAL. Muchas gracias: no quiero nada.
- VALEN. Mudemos de conversación si le molesta a usted hablar del pobre Leoncio, y confíemos en que Dios le traerá al buen camino. (*Dirigiéndose a don Salustio.*)
- D. SAL. No, señor; sigamos hablando de Leoncio. Si después de todo, esas conversaciones son las que más agradan: si somos así. Se habla de cosas santas y ejemplares y todo el mundo se aburre. Se revuelven miserias humanas, crímenes o infamias, y se despierta el interés. Hablemos de Leoncio. Al fin y al cabo ha de venir a esta casa, con que bueno será que todos ustedes le conozcan a fondo, que en mi casa a nadie se le engaña.
- OROSIA Ya tengo ganas de conocerle.
- LUCIA ¡Ya! ¡ya! Pero será muy interesante Leoncio.
- FELIPE La verdad pura, es todo cuanto ha dicho don Salustio; que algunas noticias tengo yo de ese mozo. Pero con todo lo que nos ha dicho, en cuanto Leoncio se presente le abre los brazos y se le humedecen los ojos. El es así.
- VALEN. Al cabo es sangre suya, ¿qué quiere usted que haga? (*A Felipe.*)
- D. SAL. ¡Ya verán ustedes qué recibimiento!
- VALEN. No, pues cuando era chico... era travieso, y voluntarioso, y mal educado... pero «su corazón era bueno; muy bueno». Ya lo creo.
- D. SAL. No recuerdo nada bueno de esa criatura.
- VALEN. Pues yo sí. (*Con energía.*)
- LUCIA Pues cuenta, cuenta.
- OROSIA Hay que defender al pobre chico.

D. SAL. (¡Ya se interesan por él! ¡Ah! ¡las mujeres, las mujeres!)

VALEN. (Como resumiendo sus recuerdos.) En su casa de usted fué. (A don Salustio.) Allá, en el pueblo, un caserón muy grande y muy antiguo: con unos retratos muy viejos... una «abadesa» y un «obispo»... y Leoncio siempre estaba arrastrando una escalera para subirse a dar un beso a la monja y a sacar un ojo al obispo. (Lo dice sin saber lo que dice, abedeciendo al recuerdo.)

D. SAL. ¡Qué tal! ¡Ya tenía trece años! (Orosia y Lucía se ríen.)

VALEN. Sí, tiene usted razón, era muy malo, muy malo. Todo el tiempo que estuvimos juntos no cesó de hacerme llorar. Pero a veces... era muy bueno. Hay que decirlo todo: al pecador hay que juzgarle con imparcialidad.

FELIPE. ¿Pero usted es imparcial?

VALEN. ¿Yo?... ¿Por qué no?... Hace veinte años que no lo he visto. Siempre he oído hablar de él como de un monstruo: no le defenderé por simpatía.

FELIPE. Será por piedad... por caridad cristiana.

VALEN. Caridad: eso es. Con todos debemos ser caritativos, y más que con nadie, con los más pobres y más míseros. La miseria llagada, que con los ojos ciegos, sin palo en que apoyarse, ni lazarillo que le avise, ni perro que le guíe, va derecha, derecha al abismo que el diablo le puso al través del camino, algo merece de nosotros, que somos sus hermanos.

FELIPE. Muchos quisieran estar ciegos, si había de ser usted el lazarillo.

VALEN. No he dicho que piense serlo; que, en todo caso, para mí lo necesito.

OROSIA. Pero dinos, dinos la aventura infantil: todo ese drama liliputiense que nos has prometido.

VALEN. Verán ustedes. Se habían marchado casi todos de casa: usted y mamá y la de Leon-

cio... (*Dirigiéndose a don Salustio.*) Se habían ustedes ido no sé adónde. Y Leoncio y yo corríamos por los pasillos, por las galerías, por el patio... ¡Subíamos y bajábamos cien veces las escaleras!... ¡Salíamos al huerto y volvíamos a entrar!... ¡Estábamos muy contentos!... ¡Unas veces me tiraba de la mano; otras me perseguía, y casi siempre me llevaba a caballo sobre sus hombros, agarrándome yo a su melena negra, como si fuese una brida; y él empeñado en que había de desbocarse!

D. SAL. Pues se salió con la suya: se desbocó.

VALEN. De cuando en cuando echaba un cigarrillo y me echaba el humo en la boca y en los ojos para hacerme toser y llorar... ¡Era muy divertido!

D. SAL. ¡Cigarrillos! ¿Qué tal?

OROSIA Sigue, sigue.

VALEN. Con que yo tosía y lloraba; y él se reía; y yo me reía también.

D. SAL. La risa del diablo es contagiosa.

VALEN. De pronto me echó al suelo de golpe y me dijo: «Valentona»... No me llamaba Valentina, sino Valentona. «Valentona, entre los dos vamos a hacer una «valentía.» Yo le miré espantada; sus valentías me daban miedo. El me tiró del brazo y me subió a un cuarto muy grande del último piso; una especie de desván, donde había leña, y cuadros, y trastos viejos, y trapos, y libros deshojados, y paja... ¡qué sé yo!... Y me dice Leoncio, luego que estuvimos arriba: «Mira, Valentona; vamos a coger un ratón, que aquí hay muchos; y le vamos a atar al rabo una carretilla de pólvora, que esta mañana compré cuatro o cinco, y le vamos a pegar fuego a la carretilla, y verás cómo se chamusca y cómo corre el ratón y qué saltos da» Al oír yo lo del ratón y la pólvora me puse a llorar y a dar gritos y quise huir; pero ¡bueno era él! Me tapó la boca, me zamarreó de lo lindo y me gritó al oído: «¡No te vas!

¡no te vas! ¡aquí, Valentona!» Yo, dándole patadas y mordiscos y llorando con llanto ahogado, y él sujetándome con todas sus fuerzas, ¡éramos dos fierecillas!

LUCIA ¡Muy divertido! ¡muy divertido! ¿y qué pasó?

VALEN. Pues a concluir voy. Viendo Leoncio que no podía hacer las dos cosas al mismo tiempo, coger al ratón y sujetarme a mí, fué, ¿y qué hizo? Se fué a la puerta, cerró por dentro y tiró la llave al patio. Después se vino a mí y me dió un gritazo al oído: «¡Llora hasta que revientes, chiquilla estúpida!» Y dejándome tirada en el suelo y pataleando, urgó con un palo en la leña y en la paja a ver si salía un ratón; pero no salió ninguno. El se emberrenchinó de modo que daba miedo, y de miedo me callé. Y al fin dijo con voz ronca: «Pues saldrás, saldrás, condenado, yo haré que salgas.» Y sacando yesca, piedra y eslabón, echó lumbre y le pegó fuego a una de las «carratillas», que se puso a dar saltos y trueños y a chisporrotear furiosa, con lo cual Leoncio palmoteaba y yo también, porque aquello era muy divertido. No lo fué hasta el fin, que se incendió la paja, y ardieron los cuadros, y se pegó fuego a la leña y se armó una humareda y brotaron unas llamas que daba horror. Yo empecé a dar gritos otra vez, y Leoncio, asustado de veras, vino a mí, me cogió en brazos, me apretó mucho y me dijo en voz baja: «Hemos pegado fuego a la casa, a escaparnos, Valentona.» Se fué a la puerta, pero, claro, la encontró cerrada, y entonces me apretó más; y aun más bajito me dice: «Nos vamos a tostar, chiquilla.» Y yo a llorar, y él: «No llores, que no te tostarás tú.» Miró alrededor, miró hacia arriba, y sobre la puerta había una ventana. Entonces me dió un beso muy fuerte, me puso en alto, me empujó por las piernas hasta que me hizo alcanzar la parte baja del marco, y dando

saltos y empujones, y ayudando yo, me hizo pasar al otro lado. «Ahora, me grita, te coges alborde, estiras los brazos y te dejas caer.» Así lo hice: me di un buen porrazo, pero ya estaba fuera.

D. SAL. Ya me acuerdo, ya me acuerdo. Buen susto nos distéis.

OROSIA ¿Y echaste a correr?

VALEN. (*Emocionada y evocando aquellos recuerdos.*) No; no eché a correr. Me quedé pegadita a la puerta, gritando: «Anda, Leoncio; anda, sube como yo; ven, ven pronto.» Y él me contestaba medio ahogado y dando saltos: «No puedo, no puedo; no tengo quien me empuje; está muy alto; escápate, escápate, Valentona.» ¡No, de esto no me olvidaré nunca! Yo pegada a la puerta, llamándole y llorando: «¡Que se quemara Leoncio!» Y él: «Escápate, escápate, que se acerca el fuego.» Y a través de la puerta me mandó «un beso» el pobrecillo. No, no tenía el alma Leoncio tan mala como ustedes dicen. Si después le abandonó Dios, le salvará al fin; que pecadores así quiere Dios para que en la puerta del cielo dejen muchos harapos y vistan mucha luz.

D. SAL. (*Mirándola y levantándose.*) No sé si le cerrarán la puerta del cielo; pero la de esta verja voy a cerrarla por si acaso viene, para que nos deje almorzar en paz. (*Se va a la verja y la cierra.*) Con que a la mesa. Deme usted el brazo, doña Orosia, que los de mi tiempo nunca olvidamos lo que a las damas se debe. Usted, don Baudilio, dele usted el brazo a Lucía, si es que la neuralgia le permite ser amable. Tú, (*A Valentina.*) dale el brazo a Felipe. Y en marcha todos. (*Se dirigen hacia la escalinata y empiezan a subir.*)

ESCENA VI

VALENTINA, OROSIA, LUCIA, DON SALUSTIO, FELIPE y DON BAUDILIO; LEONCIO, del lado allá de la verja. Leoncio toca la campana de la verja con mucha energía. El grupo de árboles, arbustos y flores oculta la escalinata de modo que Leoncio no ve a nadie.

VALEN. (*Deteniéndose y deteniendo a Felipe.*) Han llamado. (*Todos se detienen; pero ni ellos ven a Leoncio, ni éste los ve tampoco.*)

D. SAL. Será el diablo.

LUCIA (*Asomándose con curiosidad por entre los árboles.*) No; no tiene trazas de diablo, que es muy gallardo. (*En voz baja.*) Será el dueño del «Yacht»; el del incendio; el sobrinito. Debe ser Leoncio.

D. BAU. (*Asomándose también.*) El mismo. Ya dije yo que vendría. (*Leoncio vuelve a tocar.*)

D. SAL. El diablo cargue con él.

LEONCIO (*Sacudiendo la campana.*) ¡Eh!... ¡Portero del infierno!... ¡Esto es un castillo encantado!... ¡Don Salustio!... ¿Vive aquí don Salustio!, o se han muerto todos?

VALEN. (*Suplicante a don Salustio.*) En la calle no se puede dejar. (*Las tres mujeres miran por entre los árboles.*)

LEONCIO ¿Pero qué casa es esta?... ¿Es un cementerio?... (*Reparando en las señoras y echándose a reír.*) ¡Pero qué pájaros tan monos revolotean entre los árboles!... (*Orosia y Lucía se rien.*) ¡Y cómo trinan!...

D. SAL. ¡Por mi gusto!...

VALEN. No es posible dejarle de ese modo. (*Va con decisión a la verja.*)

LEONCIO Al fin presentó la casa su fe de vida. ¿Vive aquí...? ¡Ah!... ¡Señorita!... (*Descubriéndose.*)

VALEN. (*Sin abrir la verja.*) ¿Qué deseaba usted?

LEONCIO Yo... nada... Sí; romper esta verja.

VALEN. No hay que romperla teniendo puerta.

- LEONCIO ¡Pero no se abre!
- VALEN. ¿A quién buscaba usted?
- LEONCIO Antes, a un don Salustio. Ahora a un ángel.
- VALEN. Don Salustio, aquí vive. El ángel, no.
- LEONCIO Pues a don Salustio; si no hay otro modo de entrar.
- VALEN. ¿Su nombre de usted?
- LEONCIO Dígale que está aquí su sobrino.
- VALEN. Sí... Leoncio...
- LEONCIO ¿Sabe usted mi nombre?
- VALEN. «Hace tiempo». (*Abre la puerta.*)
- LEONCIO (*Entrando y mirándola con asombro, admiración y curiosidad.*) ¿De suerte, que usted me conoce?
- VALEN. Sí... le conocí «en otro tiempo».
- LEONCIO (*Mirándola fijamente.*) ¡Y yo también!
- VALEN. No es posible que usted recuerde; han pasado muchos años.
- LEONCIO (*Abriendo los brazos.*) ¡Valentona, abrázame!
- VALEN. (*Retrocediendo.*) ¡No!...
- D. SAL. ¡Eh! ¡poco a poco!
- LEONCIO ¡Don Salustio!... ¡Venga un abrazo!... (*Abrazándole.*) Aunque es usted muy gruñón, se le quiere. (*Todos se acercan poco a poco.*)
- D. SAL. ¡Ya veremos si soy gruñón! (*Algo conmovido.*)
- LEONCIO Y ahora mande usted a Valentina que me abrace.
- D. SAL. Eso no haré yo.
- LEONCIO Pues lo haré yo. ¡Aquí!... (*Llamándola con imperio.*) ¡Aquí!... ¡pronto, y a darme un abrazo!
- LUCIA ¡Es simpático! (*Aparte a los demás.*)
- OROSIA ¡Mucho!
- LEONCIO ¡Vamos!... ¡a obedecer!
- VALEN. Mandón y descortés viene usted.
- LEONCIO Y obediente te quiero.
- VALEN. A Dios y a don Salustio; a usted, no; que usted no es nada mío.
- LEONCIO ¡Soy Leoncio! (*Con ternura.*)

VALEN. ¡Y yo Valentina! (*Se adelanta y le da la mano.*)

LEONCIO ¡No, que sigues siendo Valentona!... ¡mi Valentona! (*Todos rien y hablan entre sí. Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

OROSIA, sentada. LUCIA, paseándose.

- LUCIA ¿Sabes que tardan mucho?
- OROSIA Los paseos de Valentina son muy largos.
- LUCIA Y acompañándola don Salustio, más largos todavía. El buen señor es de plomo.
- OROSIA De plomo el cuerpo y de plomo el alma.
- LUCIA Pues se hace tarde, muy tarde. Vamos, yo me consumo.
- OROSIA Esperemos otro poquito. Ellos tienen que venir a almorzar.
- LUCIA Pues mira tú, hoy resolvemos lo de la visita al «Yacht». Hace un mes que llegó, y será mañana, será pasado, todavía no hemos ido. ¡También Valentina tiene una calma! Cuando sea vieja, que lo será, a pesar de su juventud de hoy y de su ponderada hermosura, te digo que va a ser más pesada que don Salustio. Todos los días promete acompañarnos: se arregla todo, se lo decimos a Leoncio, el pobre siempre tan amable: «cuando ustedes quieran, cuando ustedes dispongan: ¡qué mayor honra para mi «acorazado»!» Y resulta que Valentina tiene que ir a la novena, que don Salustio está doliente, (*Con afectación dramática.*) que ella tiene neuralgia. ¿Has reparado? Desde que vino Leoncio se le han pegado a Valentina las neuralgias de don Baudilio. (*Riendo.*)

- OROSIA Ya, ya lo había notado.
- LUCIA Y así pasan días y días; el mejor día le da una ventolera a Leoncio, leva anclas, da vapor, y el «Yacht» se nos pierde por el horizonte. Apenas si tiene arranques y caprichos «el sobrino de su tío». Es más inseguro que el tiempo.
- OROSIA Nada, hoy se decide Valentina. Y si no, vamos solas. Sería una lástima no verlo. Dicen que es una maravilla.
- LUCIA Siendo de Leoncio, lo será. El sabe hacer las cosas en grande. Y diga lo que quiera don Salustio, es muy bueno y muy simpático.
- OROSIA Un poco tronera; pero cuando tenga los años de don Salustio, ya sentará la cabeza.
- LUCIA ¡Y qué corazón!
- OROSIA ¡Y qué talento!
- LUCIA ¡Y qué rico!
- OROSIA ¡Claro; él que tiene un «Yacht» como el suyo!... Sólo el «Yacht» es una fortuna. Me dijo el otro día que tiene el «Yacht» para pasar en él la «luna de miel», cuando se case. ¡Qué idea tan bonita! ¡Casarse, y al mar!
- LUCIA ¡Casarse, y la mar! (*Con entusiasmo.*) Pues a mí me dijo que se iría a la India con su esposa, cuando la tuviera. Que cazarían tigres; que viajarían en elefantes, y que estaba resuelto a comprar una «pagoda» para veranear en ella. ¡Casarse y veranear en una «pagoda»! Esa debe ser la dicha suprema. Es muy ocurrente Leoncio.
- OROSIA Pero cada día se le ocurre una cosa distinta. Porque a mí me dijo que, en cuanto se casase, había de irse con su esposa al centro de Africa, a no sé qué «Oasis». Y me pintó el viaje: ¡qué viaje! La esposa en un dromedario; y él, caracoleando alrededor del dromedario y de la esposa, en «una yegua del Profeta».
- LUCIA ¡Ay, precioso! ¿Cómo serán las yeguas del Profeta?
- OROSIA No sé: serán unas yeguas muy hermosas.

- LUCIA ¡Tiene una imaginación de fuego! ¡Por eso le es antipático a don Salustio, que es el hombre más prosaico!
- OROSIA Claro: él prefiere leer, medio dormido una obra de Fray Diego León.
- LUCIA Me parece que es Fray Luis de León.
- OROSIA Lo mismo da. Don Salustio prefiere cualquier lectura indigesta a caracolear en una yegua del Profeta.
- LUCIA ¡Bueno está él para caracolear! Ni en una yegua de alquiler.
- OROSIA ¡Ahí viene el otro sabio, el otro hombre sedudo!
- LUCIA Sí, Felipe. Con ese no iba yo aunque me llevase en elefante a ver la India.
- OROSIA Ni yo.

ESCENA II

OROSIA y LUCIA; FELIPE, por el fondo.

- FELIPE Felices, mis buenas amigas. ¿Están ustedes esperando a que vuelvan de paseo?
- OROSIA Sí; estamos esperando a Valentina; a ver si decide cuándo ha de ser la visita al «Yacht».
- FELIPE Pues no tardarán. Como Valentina no está buena, y como el médico le ha mandado que dé paseos muy largos a la orilla del mar para calmar los nervios... por eso. La higiene es tiránica.
- LUCIA ¿Y usted, no les acompaña?
- FELIPE Algunas veces: muy pocas. Valentina prefiere la compañía de don Salustio.
- LUCIA Gusto es. Pues yo preferiría la de usted.
- FELIPE Es usted muy amable.
- OROSIA ¿Y no les acompaña algunas veces Leoncio?
- FELIPE No sé. Sí; al principio creo que se hizo el contradizo; pero cambiaron de rumbo y perdió la pista. O no se atrevió a arrostrar el enojo de su tío.
- LUCIA Pues Leoncio no se asusta fácilmente.
- FELIPE ¡Quién sabe!
- OROSIA ¿Y Valentina?

- FELIPE ¿Qué? ¿Valentina, qué? No comprendo la pregunta.
- OROSIA Quiero decir, si se asusta fácilmente. (*Riendo con malicia.*)
- FELIPE ¿Y por qué ha de asustarse?
- OROSIA No es usted franco con nosotras.
- FELIPE ¿Yo?
- LUCIA ¿Cree usted que vivimos en el limbo?
- FELIPE De ningún modo. Sé que viven ustedes en un hotel muy lindo, a la orilla del mar. Es decir, casi no viven ustedes en él, porque siempre están fuera.
- OROSIA (*Riendo.*) ¡Una chilindrina!
- FELIPE ¡Por Dios... no crean ustedes!... Lo he dicho por decir algo. Además, el verano se ha hecho para tomar el aire.
- OROSIA Si no nos incomodamos. La prueba es que vamos a ser francas con usted. Estamos al tanto «de la situación».
- FELIPE ¿De qué situación?
- OROSIA Vamos, está usted locamente enamorado de Valentina.
- LUCIA Y tiene usted celos de Leoncio. Esta «es la situación».
- FELIPE No sé qué contestar. ¿Enamorado de Valentina? ¿A quién no enamora una mujer tan buena, tan pura, tan hermosa, tan modesta? Resumen de todas las perfecciones, encarnación de todos los ideales, símbolo de todos los imposibles. ¿Qué quieren ustedes que yo les diga? Se enamora uno de todos los sueños de la imaginación, por lejos que estén, por inaccesibles que sean. Cuanto más lejos, más enamoramiento, cuanto más inaccesibles, más ansia por llegar. De modo que yo no puedo decir otra cosa, sin renegar de Valentina, o sin declararme estatua de mármol y tonto de ca-pirote.
- LUCIA Ya ha dicho usted bastante. ¡Si parece usted galán de comedia!
- OROSIA Eso es más que amor: es adoración.
- FELIPE Pues adoración. Pero en cuanto a los celos... (*Protestando.*)

- LUCIA ¡También! ¡también!
- FELIPE En primer lugar, yo no tengo derecho a estar celoso. Donde no hay correspondencia, no hay derecho a tener celos. Yo no tengo celos de que el sol derrame su luz por todas partes, porque el sol «no es mío». ¡Oh, si lo fuese! ¡si lo fuese, ya procuraría abrazarlo bien, para que toda su luz y todo su calor quedasen en mí! ¡Además, tener celos de Leoncio, es ultrajar a Valentina! ¡Ella, la perfección humana, la rectitud, la pureza, enamorarse de un sér abyecto!... (*Deteniéndose.*) No; yo no debo hablar mal de un hombre que no está delante de mí. Nada diré. Pero no es Leoncio el hombre de quien puede enamorarse Valentina, sin dejar de ser Valentina.
- OROSIA ¡Válgame Dios! ¡qué cosas dicen los hombres!
- FELIPE Pues, ¿qué dije?
- OROSIA ¡Que una mujer «buena» no puede enamorarse de un hombre «malo»! ¡De quien no se enamoran es de los buenos, de los juiciosos, de los arregladitos como usted! (*Riendo.*)
- FELIPE Me parece...
- OROSIA Me parece que discurre usted por cuenta de don Salustio. Además, Leoncio no es un malvado. Tiene corazón.
- FELIPE Si le conoce usted mejor que yo, no digo nada.
- OROSIA No es que le conozca mejor; es que no le miro con ojos de celoso.
- FELIPE Bueno, pues me equivoqué. Leoncio es un modelo de delicadeza y de virtudes. Lo cual no le ha impedido dar un escándalo diario desde que llegó. Hoy juega en el Casino el «Yacht», contra un inglés millonario y le gana unos millones. Mañana tiene un duelo. A la noche siguiente riñe a puñaladas, en la choza de una pescadora, con no sé qué amante celoso. Y así día por día. El eterno modelo de todos los tenorios. Desde

- la princesa altiva a la que pesca en ruin barca.
- OROSIA Ya tenemos la de la barca, pero nos falta la princesa altiva.
- FELIPE Eso se queda para el drama.
- LUCIA ¡Con que enamoró a una pescadora! Pues yo no he sabido nada de esa historia.
- FELIPE Perdóneme usted por haber sido el primero que se ha atrevido a contársela.
- OROSIA Todo eso fué al principio. Después su conducta ha sido muy correcta y hasta heroica. Digo, ¡cuando salvó a aquellos pescadores! ¡Barca por barca!...
- FELIPE Ahí tienen ustedes a Valentina y a don Salustio. Con permiso. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA III

OROSIA, LUCIA, VALENTINA y DON SALUSTIO

- OROSIA (*Saliéndoles al encuentro.*) ¡Buen paseito! (*A Valentina.*) ¡Don Salustio!...
- VALEN. Sí; más largo que de costumbre.
- D. SAL. ¡Señora!... ¡Señorita!... (*Saludando a Orosia y Lucía.*)
- LUCIA Pero estás muy pálida.
- VALEN. El viento frío del mar. Seguimos por la orilla un buen trecho y luego paseamos por el muelle. (*Se van sentando.*)
- D. SAL. Se empeñó ella. Yo quería que diésemos la vuelta al cerro, porque a su amparo se pasea más a gusto.
- VALEN. Yendo por donde usted quería, si el cerro es abrigo del viento, también es pantalla del mar. ¡Y el mar esa tan hermoso! ¡Azul oscuro, algo picado! ¡y todo él con borreguitos de plata! ¡y se ve tanto horizonte!
- OROSIA Sí, muy hermoso. Y desde el muelle, ¡cómo luce el «Yacht»! ¡qué gallardamente se balancea!
- VALEN. ¿Sí? No reparé.
- LUCIA Pues a eso venimos.
- VALEN. ¿A qué?
- LUCIA A que Valentina repare en el «Yacht». (*Con*

- cierta intención.) Al menos, a que no se olvide de él, ni de su promesa.
- OROSIA. Ya don Salustio dió su permiso hace un mes. ¿No es verdad? (*A don Salustio.*)
- D. SAL. Es verdad.
- OROSIA. ¿Con que no quieres verlo?
- VALEN. ¡Ya lo creo! ¡Es muy gallardo!
- OROSIA. ¿Pues cuándo?
- VALEN. Hoy mismo. Luego, a las cinco. (*Con resolución.*)
- LUCIA. Ahora son las prisas. Hoy no puede ser: tenemos que avisar a Leoncio, para que lo tenga todo preparado. Será mañana: ¿quieres?
- VALEN. Sí; mañana.
- OROSIA. Pero sin falta.
- VALEN. Sin falta: promesa solemne.
- D. SAL. Hay que ver cómo está el mar: si se puede ir sin peligro; el «Yacht» está muy afuera.
- LUCIA. Yendo Leoncio, no hay cuidado.
- D. SAL. En el «Yacht», no; pero hay que ir y volver en bote.
- LUCIA. ¡Qué importa! Leoncio es todo un marino. Ha dado pruebas.
- OROSIA. ¿No se acuerdan ustedes de lo que hizo en la última galerna?
- LUCIA. Fué un acto heroico. ¿No te acuerdas? (*A Valentina.*)
- VALEN. (*Hablando más para sí, que para los demás y con animación creciente.*) Sí, me acuerdo, sí; fué de esas cosas que no se olvidan jamás. Si no es por él, se pierde una barca de pescadores. ¡Salvó muchas vidas!
- D. SAL. Vayan a cuenta de otras muchas que ha perdido.
- VALEN. Usted no lo vió como yo: yo le miraba desde la parte baja del castillo con unos gemelos.
- D. SAL. Ya sé, ya sé: ya lo refieron los periódicos.
- VALEN. No basta referirlo; no basta leerlo; había que ver aquello. ¡Cómo salió del puerto Leoncio! ¡De cara a la tempestad! ¡Desafiándola y escarneciéndola; era decirla:

«¡a mí, tú!» ¡No era el Leoncio del vicio, del juego, de las pasiones ruines! Créame usted, don Salustio, estaba transfigurado. Vosotras le vistéis; ¿verdad? ¡Cómo pasó la barra! ¡qué firme en el timón! ¡qué arrogante en la postura! ¡y en un botecillo, que parecía una cáscara de nuez! ¡Una y otra ola, rotas en espuma, le envolvían, y al salir de la montaña líquida salía purificado! Muchos hombres honradísimos se dolían de los náufragos y casi lloraban, pero «desde la orilla». Leoncio, no lloraba: dos o tres veces sonrió apretando los dientes; ¡pero «en la barra», sobre el abismo, hacia la barra! ¡Los hombres intachables, en «seguro»; él, el vicioso, el tronera, el perdido, «perdido esta vez entre las olas»! ¡Ah! que en aquel momento, Dios dejaba a los hombres serios y juiciosos en la playa y se iba mar adentro a besar con ráfagas de huracán, húmedas de agua salobre, la frente de aquel sublime pecador! ¡Sí; quiero ir al «Yacht»! (*Se detiene asustada de su propio entusiasmo y se pasa las manos por la frente como para espantar aquellas ideas.*)

- OROSIA. Claro; hay que ver el «Yacht».
- LUCIA. Y al héroe del «Yacht», ¿verdad, querida? (*A Valentina.*)
- VALEN. ¿Por qué no?
- D. SAL. (*Con disgusto.*) Hay que ver qué tiempo tenemos.
- VALEN. Si hace mal tiempo, mejor; yo voy de todas maneras. (*Enojada y resuelta.*)
- D. SAL. Mayor de edad eres. (*En tono de reproche.*)
- VALEN. (*Cariñosa y humilde.*) No se ofenda usted. Yo haré lo que usted disponga.
- OROSIA. No nos anticipemos a los sucesos. Se consulta, ante todo, con don Trifón y don Crescencio.
- LUCIA. Les encontramos en el muelle, y dijeron: «Vamos allá».
- D. SAL. Y aquí vienen.

ESCENA IV

VALENTINA, OROSIA, LUCIA, DON SALUSTIO, DON TRIFON y DON CRESCENCIO. Avanzan lentamente cogidos del brazo. Ambos tienen aspecto de sabios. Don Trifón con quevedos, y con mucha frecuencia mira hacia arriba. Don Crescencio usa anteojos de oro, y suele mirar hacia abajo. Dichas actitudes marcan dos tipos, pero sin exageración y sin que se conviertan en caricaturas.

LUCIA (Riendo.) ¡Observa cómo vienen! El uno mirando siempre hacia arriba, y el otro mirando siempre hacia abajo. Son dos sabios muy originales. El sabio del Zénit, y el sabio del Nadir, como dice Leóncio.

OROSIA Y serían dos maridos excelentes en el Ecuador.

D. SAL. Opino lo contrario. Porque si el uno se pasa la existencia mirando a las estrellas y el otro mirando a las hormigas, nunca le mirarán la cara a una mujer.

OROSIA ¿Y qué?

D. SAL. Que si la tiene buena, eso pierde.

OROSIA Y si la tiene mala, eso gana.

D. SAL. El hombre debe mirar siempre a su nivel, porque si no... (Al entrar don Trifón tropezando en un banco; le sostiene don Crescencio. Esto sin exageración.)

D. TRIF. Demonio de banco, siempre me sale al paso. Si no es por usted, vengo a tierra. Gracias, don Crescencio. Señores... don Salustio, siempre suyo; Valentina...

D. CRES. A ustedes ya les hemos saludado antes... (A Orosia y Lucia.) Preciosa Valentina... Respetable don Salustio...

D. SAL. ¿Qué tal?

D. TRIF. ¿Pregunta usted por nosotros, o pregunta usted por el tiempo?

D. SAL. Ante todo, por ustedes.

D. TRIF. Gracias; yo, muy bueno.

D. CRES. Yo creo que estoy bueno; pero la verdad es, que tan ocupado anduve, que ni he po-



dido fijarme en el estado de mi salud. (*Sonriendo.*)

OROSIA Ya sabemos que están ustedes buenos y lo celebramos. Y el tiempo, ¿qué tal?

D. TRIF. No sé qué le diga a usted. ¿Verdad, don Crescencio?

D. CRES. Hay mucho que decir, amigo don Trifón.

LUCIA Pues si ustedes no lo saben, ¿quién va a saberlo?

D. TRIF. El barómetro oscila; el termómetro oscila; el higrómetro oscila; el anenómetro oscila.

D. CRES. Y el seismógrafo palpita.

D. TRIF. Y así estamos. ¿Verdad, don Crescencio?

D. CRES. Así estamos. Pero, ¿cómo estaremos mañana?

D. SAL. Eso quiero saber; cómo estaremos mañana. ¿Tendremos buen tiempo o mal tiempo? He aquí lo práctico, y déjense ustedes de oscilaciones.

OROSIA ¿Tendremos galerna?

LUCIA ¿Podremos ir al «Yacht»?

D. TRIF. Al «Yacht», siempre puede irse. Digo, a no ser en un caso extremo, en cuyo caso extremo no podría irse.

D. CRES. ¡A que Valentina se atreve, aún en esos casos extremos!

VALEN. Sí, me atrevo: digan lo que quiera el barómetro y el termómetro, y todos esos instrumentos complicados.

D. TRIF. ¡Protesto! Complicados, no.

VALEN. Bueno, tan incomprensibles.

D. CRES. ¡Protesto a mi vez! Incomprensibles, tampoco.

D. SAL. Señor, en mi tiempo todos esos mecanismos eran más sencillos, más comprensibles y más seguros. Yo recuerdo que, cuando era niño, había en mi casa, y mi padre tenía en su despacho y en sitio preferente, un venerable «fraile de cartón» con su capucha móvil, que era un encanto. ¿Se le calaba la capucha? «Mal tiempo». ¿Dejaba caer la capucha con desahogo? «Buen tiempo». Y no marraba el demonio del frai-

le de cartón. ¡Ay! ¡lo que he dicho! Dios y el reverendo me perdonen. Pero no marraba.

D. CRES. Ya marraría el fraile alguna vez.

D. TRIF. La infancia de la ciencia coincidiendo con su propia infancia de usted, don Salustio.

OROSIA ¿Pero podremos ir mañana al «Yacht»? Esta es mi pregunta.

D. TRIF. ¿Quién lo duda? Verdad es, que por el cable se ha anunciado ciclón; pero probablemente no llegará «tan pronto». ¿Qué opina usted, don Crescencio?

D. CRES. Que no creo que llegue «tan pronto». Aunque a veces «se adelantan». Ya lo sabe usted, don Trifón.

D. TRIF. Pero otras veces «se atrasan». Demasiado lo sabe usted, don Crescencio.

D. CRES. Claro está: como que a veces «no llegan nunca»; se deshacen en el camino.

D. TRIF. Y otras veces llegan sin previo anuncio: se forman en el camino.

D. CRES. Justamente.

D. TRIF. Precisamente. ¡Ah! Don Salustio, la ciencia es algo. (*Todo esto dicho sin afectación.*)

D. SAL. Pero este ciclón, ¿llegará mañana, o no llegará?

D. TRIF. ¿Y qué importa? Que llegue o que no llegue, esto no altera la ley general. Es un caso aislado.

D. SAL. Pero es precisamente «nuestro caso». (*Irritado.*) ¡Demonios de sabios!

OROSIA El que nos interesa: los demás casos, ¿qué nos importan?

LUCIA ¡Ea! yo voy. ¿Y tú? (*A Valentina.*)

VALEN. Yo también. Y a la gracia de Dios.

D. SAL. En ella estemos todos.

OROSIA Pues vamos a dar la noticia a Leoncio. De seguro está en el Casino. Prefiero hablar con él, a escribirle. ¿Vamos?

LUCIA Sí; vamos al Casino.

OROSIA Acompañennos ustedes. (*A don Trifón y don Crescencio.*)

D. TRIF. Con mucho gusto, querida Orosia.

- LUCIA Y usted también; y por el camino me explica usted esas palpitaciones terrestres.
- D. CRES. Ya lo creo que le explicaré a usted... ¡Ah! ¡la palpitación!...
- OROSIA Vemos a Leoncio, y volvemos en seguida con él, para fijar la hora. Con que hasta muy pronto.
- LUCIA Hasta luego, don Salustio, Valentina, ¡que no te arrepientas! Nosotras vamos mañana, aunque don Trifón nos traiga un ciclón.
- VALEN. No me arrepiento: con ciclón y todo, allá.
- D. TRIF. (*Mirando hacia arriba al salir: va al lado de Orosia.*) Me parece... me parece... Aquella nube... Don Crescencio, cambio de viento... Si con aquel pico tropieza aquella nube... me parece...
- OROSIA Me parece, que quien va a tropezar con el banco otra vez, es don Trifón.
- D. TRIF. ¡Ay!... es verdad. Gracias, Orosia. ¡Demonio de banco! Siempre me sale al paso.
- LUCIA ¿Qué mira usted? (*A don Crescencio, que va mirando al suelo.*)
- D. CRES. ¡Miro y no veo unos piecitos! ¡Palpitaciones terrestres! (*Salen los cuatro hablando y riendo.*)

ESCENA V

VALENTINA y DON SALUSTIO

- VALEN. Voy a mi cuarto: el viento del mar me ha puesto nerviosa.
- D. SAL. Espera un poco. Quisiera que hablásemos. Pero si te sientes mala...
- VALEN. No: cansancio. Pero lo mismo descansaré aquí que arriba. ¿De qué deseaba usted hablarme? (*Se deja caer en una silla o en una mecedora.*)
- D. SAL. De muchas cosas.
- VALEN. Usted dirá.
- D. SAL. ¿Vas mañana al «Yacht»?
- VALEN. He dado mi palabra. Mejor dicho: la di hace un mes. El no ir sería una informalidad: un desaire a esas señoras. Y verda-

- deramente no hay motivo. Son buenas, son cariñosas, son amables.
- D. SAL. No lo digo por ellas. Son insustanciales, ligeras, giran como veletas a todos los vientos, pero no son malas.
- VALEN. ¿Pues entonces?
- D. SAL. Si el «Yacht» fuese de un inglés, de un ruso, de una persona desconocida, poco importaba que fueses. No iría yo, porque estos lujos modernos, en tierra y en mar me repugnan. Camarines de palo santo y raso entre las olas, alfombras, tapices, pianos; todas estas coqueterías en la inmensidad salobre, son un escarnio de lo ridículamente fútil a lo infinito de los mares de Dios. Entre damiselas, lo muelle y lo afeminado; en el mar, como en el mar. Madera robusta, alquitrán y brea, cordelaje de cáñamo y fuertes lonas tendidas, como alas abiertas de inmensa ave marina: esto, esto es lo propio.
- VALEN. ¿Decía usted que si fuese de un inglés o de un ruso?
- D. SAL. ¡Ah! sí; es verdad: eso decía, sino que a mí se me va el santo al cielo. Pero eso decía.
- VALEN. Pues siendo de Leoncio, de su sobrino de usted... tanto mejor.
- D. SAL. Tanto peor.
- VALEN. ¿Por qué?
- D. SAL. Te lo he dicho muchas veces. Leoncio es un ser envilecido. Tiene algo de la fiera y algo del mono. Hoy es grande como Satán; mañana será grotesco como un saltimbanqui. Leoncio mancha: ea, mancha; lo digo aunque sea mi sobrino.
- VALEN. Cuando se juega la vida por salvar pobres pescadores, ni es Satán, ni es saltimbanqui. Además, yo no voy a verle a él, voy a ver el «Yacht».
- D. SAL. Pero él estará allí, haciendo los honores de su flotante palacio y tendrás que verle.
- VALEN. También le veo aquí: usted le admite en su casa.

- D. SAL. Muy pocas veces: de ella le eché cuando empezó a dar escándalos. ¡Aquellos escándalos! ¿te acuerdas?
- VALEN. Sí. ¡Qué repugnancia! ¡qué hombre! (*Triste y pensativa.*)
- D. SAL. Pero salvó a los náufragos: fué el héroe del día: y entró aquí como conquistador. Vino, me dió un abrazo, me dijo: «Vengo como nuevo, que el agua salada me limpió de miserias.» ¿Y qué había de hacer? Ese tunante ejerce la fascinación del diablo. Hay que hacerle la cruz, sin dejar que se acerque.
- VALEN. Pues se le hace la cruz. Si todo en él es diabólico, huirá. Si hay en él algo divino, se acercará a la cruz y no hay miedo.
- D. SAL. Tapándose la cara se acerca a nosotros a veces el «enemigo malo», aunque le hagamos la cruz.
- VALEN. Será como usted dice; pero ya no puedo negarme. Además, somos muchos: Orosia, Lucía, don Trifón, don Crescencio, don Baudilio, haremos que vaya Felipe... Soy una entre tantos: nadie lo extrañará.
- D. SAL. ¿Tanta gente necesitas para que te proteja contra Leoncio? (*En voz baja y con severidad.*)
- VALEN. ¿A mí? (*Con asombro fingido.*)
- D. SAL. ¿Quieres que hablemos franca y lealmente?
- VALEN. ¿Sobre qué? (*Con temor receloso.*)
- D. SAL. Sobre Leoncio.
- VALEN. ¿No hemos hablado bastante? ¿Por qué más?
- D. SAL. ¡Ea! lo digo. Porque está enamorado de ti.
- VALEN. ¿De mí?... ¿El?... ¿Leoncio? (*Todo su asombro es falso.*)
- D. SAL. Es decir, enamorado como él se enamora. No creas que se trata de un amor puro, de un amor que redime. No: tú no le redimes a él.
- VALEN. (*Sonriendo con expresión de duda.*) ¡Qué cosas dice usted!
- D. SAL. Valentina, siempre fuiste franca conmigo. Nunca tu pensamiento huyó de mí. Y es

- que tu pensamiento era cristal por lo puro, y el cristal, todo él, se deja penetrar por la luz. ¿Se ha enturbiado ese cristal? Valentina, ¿no sabes que Leoncio te ama?
- VALEN. (*Con resolución.*) Sí; lo sé: me lo ha dicho; me ha escrito.
- D. SAL. ¿Y sus cartas?
- VALEN. O las he roto o las he devuelto sin leerlas.
- D. SAL. ¿Todas?
- VALEN. (*Bajando la cabeza.*) Menos una.
- D. SAL. ¿La última o la primera?
- VALEN. (*En voz baja.*) La última. (*Pausa.*)
- D. SAL. Valentina, hija mía, para los seres más perfectos y más puros, llega un momento de crisis y de «tentación». Quiso asaltar la tentación al Hijo de Dios, ¡para que no nos asalte a nosotros! No me engañes, que a ti te engañas; no rechaces mi consejo, que lo necesitas; he sido un padre para ti, pues seguiré siéndolo. Vamos, Valentina, ¿qué sientes por Leoncio?
- VALEN. ¡Todo cuanto puede sentir un corazón de mujer! ¡Le quiero mucho, muchísimo! ¡Le quiero de una manera insensata! ¡Eso siento! (*Acercándose a él y casi al oído.*)
- D. SAL. ¡Ay, Dios mío, qué desgracia tan grande!
- VALEN. ¿Por qué le quiero? No lo sé. El no es digno de mi cariño. El me quiere como ha querido a tantas. Soy para él una mujer más: un capricho; quizá un recuerdo: la Valentona que lloraba en sus brazos. Y estas memorias dan cierta novedad a su amor y le prestan la lejana pureza de la niñez. Por eso cree que me quiere como no ha querido nunca. El, de buena fe lo imagina, pero ya sé que no es verdad.
- D. SAL. Pues si estás convencida de que no es verdad, ¿por qué te interesa ese desdichado?
- VALEN. Qué sé yo. Quizá por eso: porque es desdichado. No; aunque no lo fuese, le querría: no he de engañarme a mí misma. Yo no puedo explicarme esto que me pasa. Es estar a la orilla del mar y sentir que la inmensidad tormentosa me llama a sí. Es

querer luchar constantemente y ser constantemente vencida. Es querer despreciarle y es amarle cada vez más. ¡Si viera usted cuánto he rezado para que Dios se lleve estos pensamientos! ¡Noches enteras en oración! Y cuando nerviosa, febril, desesperada, me arrojaba del lecho medio desnuda y me ponía de rodillas a seguir mi rezo, pensaba oír la voz dulce y burlona de Leoncio, diciéndome: «Tápate, Valentona, que te enfriás.» Y pensando que él me estaba viendo, me metía otra vez apresuradamente en la cama, me tapaba la cabeza con la colcha y rezaba en voz muy alta para no oír aquella voz cariñosa y burlona: «Tápate, Valentona, que te enfriás.»

D. SAL. ¡Hija, hija... no hay más que un recurso: tierra por medio! Mañana mismo, sin avisar a nadie, nos marchamos.

VALEN. Tiene usted razón, nos marchamos. Pero... mañana, no; pasado mañana.

D. SAL. No, eso no. Hoy mismo, esta tarde.

VALEN. No puede ser: antes he de ir al «Yacht»; lo sabe todo el mundo; y presumiría Leoncio que le temo. Yo no le temo a él: en todo caso, me temería a mí misma; y a mí no me temo tampoco. Yo siempre haré lo que deba. Me caeré muerta de dolor; me desharé en lágrimas a mis solas; pero Valentona, es Valentona, como decía ese miserable de Leoncio.

D. SAL. Eso es orgullo, y el orgullo es pecado, y los orgullosos se desploman. Hija, no se puede tener orgullo en nada, ni siquiera en la virtud.

VALEN. No, no me convence usted: no me comprende usted. Don Salustio, yo creo que haría muy mal huyendo de Leoncio. (*Con nuevo arranque y variando de idea.*)

D. SAL. ¡Ya te arrepientes, desdichada, de haberte arrepentido!

VALEN. No es ese. Compréndame usted. Cuando más peligro corro; (*En voz baja.*) cuando más combatida me siento; cuando soy más

débil ; cuando más le amo, es cuando «está él lejos» y «yo estoy» sola. Cuando está a mi lado ese hombre, quisiera tener un látigo para sacudirle el rostro, a ver si se le caía la careta ; ¡para sacudirle el cuerpo de podredumbre y de polilla ! ¡Oh ! ¡Entonces sí que necesito todo el amor que le tengo para no odiarle ! Todo lo que me dice, me parece mentira ; todo cuanto hace, engaño ; y su sonrisa cariñosa, mueca de burla. ¡Oh ! ¡Si yo le tuviera siempre junto a mí, me había salvado ! ¡Tenerle, sí ; tenerle siempre junto a mí ! *(Con ansia de amor, aunque ella dice y piensa que es para odiarle.)*

D. SAL.

¡Valentina!...

VALEN.

¡Para aborrecerle, para conseguir aborrecerle, para eso !

D. SAL.

¡Astucias de la pasión y añagazas del diablo son esas, Valentina !

VALEN.

No lo crea usted ; yo sé lo que me digo. Yo a quien temo no es a él : es al Leoncio de mis ensueños y de mis vigili-as. Es al Leoncio purificado por la distancia. Al que lucha con el mar, cuando todos retroceden cobardes, Felipe entre ellos, y arranca hombres a las olas. Es al Leoncio, que daría su vida por mí, si se la pidiese. Es al Leoncio, todo corazón, que me salvó del fuego cuando niña, diciéndome : «¡Escápate, Valentina !» y mandándome un beso a través de la puerta ! ¡Ese beso, cuando me lo dió, era un beso chiquitito, como niños que éramos. Después ha crecido, a medida que crecía él y que crecía yo, y hoy es tan grande como mi alma y la está besando toda ella !

D. SAL.

¡Valentina !

VALEN.

¡No sabe usted lo que sufro, y lo que gozo con sufrir ! No dirá usted que no soy franca.

D. SAL.

Lo que digo es que haces esfuerzos desesperados para engañar a tu conciencia con sofismas de tu imaginación y de tu pasión desastrosa. El deber no tiene más que un



- camino: áspero, pero recto. ¿Le quieres? ¿Es una infamia quererle? Pues huye, no quiero mentiras, ni argucias, ni pamplinas románticas. (*Pequeña pausa.*) Si soy muy duro contigo, es que te quiero muy de veras.
- VALEN. Lo sé. Pero Leoncio no es un miserable como usted dice.
- D. SAL. ¿Ya le defiendes?
- VALEN. Es un pecador; un gran pecador, si usted quiere; pero los pecadores pueden salvarse. Quien dejó «el buen camino» puede volver a buscarlo; que si el diablo pone atajos para salir, Dios pone atajos para volver.
- D. SAL. ¿Y tú eres uno de esos, eh? ¿Tú vas a redimir a Leoncio? (*Con tono burlón.*)
- VALEN. ¡Quién sabe! Yo soy la compañera de su niñez, su amiguita, su Valentona. Yo tengo la obligación de salvarle, de intentarlo al menos. Si no lo hago por miedo a mí misma, es una cobardía y un egoísmo. ¿Dígame usted si no sería un egoísmo?
- D. SAL. ¡Qué astuta es la pasión, y cómo inventa cosas bonitas! ¡Al abismo vas, Valentina! No; el viene a ti para ahorrarte la mitad del camino. (*Señalando hacia fuera.*)
- VALEN. (*Mirando.*) ¡Leoncio!
- D. SAL. Sí; él. A ver cómo redimes al pecador, que será lance curioso.
- VALEN. ¡Tiene usted razón! Nos vamos... nos vamos... Pasado mañana nos vamos.
- D. SAL. ¡Y mañana?
- VALEN. A ver el «Yacht»... Es ya un compromiso, padre mío.

ESCENA VI

VALENTINA y DON SALUSTIO; LEONCIO, deteniéndose en la puerta de la verja.

LEONCIO ¡Ella!... ¡Sí; pero con don Salustio!... ¡Nunca está sola!... ¡Hay para volverse loco!... ¡Ah! ¡Si para aislarla del mundo entero pudiera hacer alrededor de mi Valentina un mar con mi propia sangre, no me de-

jaba ni una gota en las venas! (*Avanzando con ímpetu y sin poder dominar su ira.*)
¡Muy felices!

D. SAL. ¿Eres tú?

VALEN. Felices, Leoncio. (*Afectando indiferencia.*)

D. SAL. ¿Qué tienes? (*A Leoncio.*) ¡Vienes inmutado! ¡Aprietas los puños! Cuando el diablo se encoleriza, buena señal para los ángeles.

LEONCIO ¡Ah! ¿Usted nota en mí?... ¡Pues, sí señor!... (*Con cambio repentino.*) Pero no es ira ni cólera. ¡Es que vengo afectado, muy afectado... hondamente afectado!

D. SAL. ¿Por qué? ¿Te salió mal alguna picardía?

LEONCIO No es eso. ¿Qué idea tiene usted de mí? Es... que el pobre don Baudilio... no hay más... se está muriendo!

VALEN. ¡Don Baudilio!... (*Alarmada.*)

D. SAL. ¿Qué has dicho?... (*Lo mismo.*)

LEONCIO Lo que acaban de asegurarme en el Casino. «¡Un ataque... un derrame... un accidente horroroso!...» Decididamente, «do mató»... es decir, ¡decididamente se muere! Por eso he venido; a decírselo a usted. El pobre don Baudilio está en una casa de huéspedes: solo, abandonado: se va a morir como un perro. Con que, yo pensé, puede que don Salustio quiera ir.

D. SAL. ¡Pues no faltaba más! Ya lo creo; ahora mismo. (*Toca un timbre.*)

VALEN. ¡Válgame Dios, qué desgracia!... ¿Pero no habrá exageración?

LEONCIO No, no la hay. ¡El pobre don Baudilio cayó desplomado! ¡Aquellas neuralgias habían de concluir por algo... por algo siniestro!

CRIADA ¿Llamaba el señor?

D. SAL. Sí. Mi sombrero... mi bastón... ¡pronto!... ¡Ah!... (*Acercándose a la criada y en voz baja.*) y le dice usted al señorito Felipe que venga al momento: que Leoncio desea hablarle. (*Sale la criada.*) (No te quedarás tú solo con Valentina, que buen perro de presa te dejó.) (*Aparte.*)

LEONCIO ¿Pero no va usted? Mire usted que está

- acabando: ni el «Santo Oleo» le llega...
Vamos, don Salustio...
- D. SAL. Ya voy, ya voy. Señor, ¡lo que somos! ¡si no somos nada!
- VALEN. ¡Pobre don Baudilio!
- CRIADA Tome usted, señor. (*Le da bastón y sombrero.*) Ya viene el señorito. (*También en voz baja: sale.*)
- D. SAL. ¿Y tú? (*A Leoncio.*) ¿No vienes conmigo?
- LEONCIO Me he tomado la libertad de citar aquí a un médico amigo mío, y en cuanto llegue, vamos los dos.
- D. SAL. Bueno. Y que vaya también Felipe. ¿Eh?
- LEONCIO ¿Pero usted no va?... ¡Que el pobre hombre está solo... abandonado... moribundo!
- D. SAL. Sí... sí... al instante. (*Mirando hacia dentro.*) Ya está ahí Felipe. Adiós... no tardes... ¿Qué somos?... ¿qué somos?... ¡Tierra... polvo... nada!... (*Sale.*)
- LEONCIO (¿Qué somos? ¡Posmas!... ¡Eso somos! ¡Pero ya te eché a costa de don Baudilio!)

ESCENA VII

VALENTINA, LEONCIO y FELIPE

- LEONCIO ¡Al fin te encuentro esta vez sola! (*Acercándose con ansia.*)
- VALEN. Ni esta vez. Ahí tiene usted a Felipe.
- LEONCIO ¡Otro imbécil! ¡Ah, entre todos van a volverme loco! ¡Haré un desatino! ¡Valentina, haré un desatino!
- VALEN. Será uno más.
- FELIPE Buenos días, Leoncio.
- LEONCIO Muy buenos.
- FELIPE Me dijo la criada que deseaba usted verme.
- LEONCIO ¿Yo? No. Entendió mal. Fué don Salustio; pero no tuvo paciencia para esperarle, y se fué. Encargó que inmediatamente se fuera usted tras él.
- FELIPE ¿Con él? ¿Adónde?
- LEONCIO A casa de don Baudilio, que está muy malo, malísimo, mortal. ¡Ya se habrá muerto! Cuando usted llegue, acabó.
- FELIPE ¿Pero es verdad?

- VALEN. Sí; está muy grave.
FELIPE ¿Y me llama don Salustio? ¿Es cierto, Valentina?
LEONCIO Yo lo afirmo. ¿Usted lo duda? ¿Es que yo miento? (*Con ira.*)
FELIPE Son preguntas a que no me creo en la obligación de contestar.
LEONCIO Pero yo me creo obligado a pedir, a exigir, a obtener una contestación, señor mío.
VALEN. Basta. En efecto, don Salustio dijo que fuera usted.
FELIPE ¿Y usted qué dice?
VALEN. Que debe usted ir.
FELIPE ¿Ahora mismo?
VALEN. Ahora mismo.
FELIPE Obedezco. (*Se inclina ante Valentina; se inclina ligeramente ante Leoncio y sale.*)
LEONCIO ¡Al fin! (*Felipe se vuelve en la verja y saluda.*)
VALEN. Adiós, Felipe. Gracias.

ESCENA VIII

VALENTINA y LEONCIO; después DON BAUDILIO

- LEONCIO Fué prudente.
VALEN. ¿Prudente con usted, Leoncio? No se haga usted ilusiones. Fué respetuoso conmigo.
LEONCIO No perdamos el tiempo. Deseaba esta ocasión, como el condenado desea un rayo de luz que le diga: «¡por aquí se sube al cielo!» ¡Y nunca te encuentro sola! ¡Siempre impertinentes, siempre necios! Tentaciones siento de arrojarlos uno por uno al mar. ¡Valentina, no huyas de mí! ¡Valentina, no me odies, no me desdeñes! ¡Ven aquí; óyeme! ¡Tengo que decirte muchas cosas, ya que no quieres leer mis cartas!
VALEN. Puen concluya usted pronto de decir las, porque creo que viene gente.
LEONCIO ¡Todavía... más gente!... ¡No!... ¡Yo me volveré loco! A ver... ¡Ah... sí... es don Baudilio... el imbécil, que no acaba de morirse!
VALEN. ¿Pero qué dice usted?... ¡Don Baudilio!...

¿Pero no estaba muriéndose?... ¿Pero qué farsa es ésta?

LEONCIO Dijeron en el Casino que le había dado un síncope, y yo exageré el accidente para echar gente de aquí. Por lo visto le pasó ya. ¡Es lo más inoportuno! Ni morirse a tiempo sabe.

VALEN. ¡Siempre mentiras, ruindades, pequeñeces ridículas! ¡Siempre el histrión; nunca el caballero! (*Con desprecio profundo.*)

LEONCIO Eres injusta. Del todo no fué mentira. Y, además, ¡qué me importa mentir, si mintiendo me acerco a Valentina! Si en el mundo todo es mentira, todo, menos una cosa: ¡que yo te amo, te adoro! ¡Por ti, todo: héroe o histrión, santo o protervo! Una sola verdad, toda hermosura: ¡Valentina! ¡Un solo amor: el mío! ¡Todo lo demás, nada!

VALEN. ¡Silencio!

D. BAU. (*Desencajado, pálido, con el lado izquierdo totalmente fruncido.*) ¡Ay, Valentina! ¡ay, Leoncio! ¡Creí que se quedaban ustedes sin este buen amigo! (*Con enternecimiento y apretándoles la mano.*)

VALEN. ¿Se siente usted muy mal?

D. BAU. ¡Ay, no sé, no sé; no sé si tengo cabeza! ¡Ya no es dolor... «es el acabóse», el delirio, el fin del mundo! (*Leoncio le mira colérico.*)

VALEN. ¿Pero no se le calma a usted con nada?

D. BAU. Con nada, hija mía. Siete papelitos de anti-pirina, píldoras antineurálgicas de todos los doctores, todos los bromuros que existen! ¡Café frío, café caliente; con azúcar, sin azúcar! Tres duchas esta mañana, cuatro inyecciones hipodérmicas esta tarde. Pégueme usted un tiro, Leoncio, a ver si mejoro.

LEONCIO (*Paseándose apresuradamente.*) Con mucho gusto, don Baudilio.

VALEN. ¡Válgame Dios!

LEONCIO (*Parándose de repente ante él.*) Está usted así porque quiere.

- D. BAU. ¿Qué dice este hombre? ¿Porque yo quiero?
LEONCIO Sí, señor. Usted se entrega a mí, y en media hora... «bueno».
- D. BAU. ¿Cómo... qué?... Mire usted, yo he tomado todo cuanto hay que tomar: (*Enumerando con acento cada vez más afligido.*) aconitina, narcotina, laudanina, metritilamina, benzoetilamina, y no sé a quién acudir, como no acuda a la Providencia divina.
- LEONCIO ¡Narcotina! ¡Laudamina!... todas esas son porquerías. En veinte minutos le pongo a usted como nuevo.
- D. BAU. ¡Pues disponga usted de mí! ¡Don Leoncio de mi alma, disponga usted de mí! (*Levantándose con desesperación.*)
- LEONCIO ¿De veras?
D. BAU. ¿Qué debo hacer?
LEONCIO Primero, se va usted de aquí a escape.
D. BAU. ¡Hombre!
LEONCIO Se va usted al muelle...
D. BAU. ¿Y me tiro al mar?
LEONCIO Eso, al fin. Por lo pronto, se va usted al muelle; allí está mi lancha atracada. Usted conoce al patrón, se mete usted en ella y se va usted al «Yacht». Sube usted con cuidado, pero si se cae usted al agua, mejor.
- D. BAU. (*Con decisión.*) ¡Mejor! ¡Eso digo yo, mejor!
- LEONCIO Le pide usted al contraamaestre lo que yo tomo para las neuralgias, ¿eh?, una mezcla de «castaña de las Indias» y de «triacamagna».
- D. BAU. Eso no lo había tomado nunca. (*Con cierto asombro.*)
- LEONCIO ¿Lo ve usted, hombre de Dios?
D. BAU. Pues adiós.
LEONCIO Espere usted. Después se echa usted en mi camarote, y como el mar está muy picado, se mareará usted horriblemente. Se queda usted en el «Yacht» ocho días, y no hay recurso; con la castaña, la triaca, lo que usted lleva tomado y el mareo, o revienta usted, o se pone bueno.

- D. BAU. ¡Pues allá voy!
- LEONCIO Por ahí debió usted empezar.
- D. BAU. ¡Un abrazo! (A Leoncio.) ¡El mareo!...
¡Ah, sí, el mareo! ¡Eso es lo que yo ape-
tezco! ¡Adiós, Valentina!...
- VALEN. ¡Adiós, don Baudilio!
- D. BAU. (Saliendo vacilante.) Sí... el muelle... la cas-
taña... la triaca... el mareo... ¡o la muerte!
- VALEN. ¡Pobre hombre!

ESCENA IX

VALENTINA y LEONCIO

- LEONCIO Y ahora los dos. Los dos solos.
- VALEN. Sí; solos hemos quedado. (Con frialdad.)
Solos usted y yo.
- LEONCIO Siempre «usted». Cuando éramos niños, de
otro modo nos hablábamos.
- VALEN. Por eso, porque éramos niños.
- LEONCIO Y por eso te ruego que me digas: «te quie-
ro, Leoncio.»
- VALEN. Y como yo no aliento locuras, sólo le digo
a usted: basta, Leoncio.
- LEONCIO Pero tú has olvidado lo que soy. Eres tan
terca como cuando eras niña; pero yo lo
soy mucho más. Has de contestarme, Va-
lentina: ¿me quieres? ¿me odias?
- VALEN. ¡Odiar! ¡No lo permita Dios! ¡Odiar! a
nadie. Ni al más criminal. Ni al más envi-
lecido. Ni al más infame. En todo caso
compadecerle, pedir por él, rezar por él.
- LEONCIO (Con alegría y esperanza.) ¿Rezas por mí?
¿la santita se acuerda de mí? ¿Dices al
menos por las noches: «un Padre Nuestro,
porque Dios traiga al buen camino a ese
desdichado»? Al menos, responde a esta
pregunta.
- VALEN. No tengo obligación de responder. Yo pro-
curo cumplir mis deberes como puedo; pero
en todo caso no es usted mi confesor. ¿Pa-
ra qué quiere usted que responda? ¿Para
burlarse de mis creencias? ¿Para hacer es-
carnio de mi piedad? Para pensar: «¡po-
bre chiquilla, ella rezando por mí para sal-

- varme de la perdición, mientras yo estoy pensando en la suya!...» (*Conteniéndose.*)
¡Jesús, qué cosas digo!
- LEONCIO ¿Qué dices? ¡Yo!... ¿En tu perdición?...
¡Valentona, si por ti doy yo mi vida! ¡por ti!
¡ahora mismo! ¡pídemela!
- VALEN. No se trata de la vida. ¡La vida, qué importa!
(*Cambiando de tono.*) Sí, la vida importa: al fin Dios nos la ha dado, y aunque es muy triste, aunque es un valle de lágrimas, a veces cruzan rayos de luz que en la lluvia de llanto pintan un iris muy hermoso. ¡Qué hermoso es un arco iris pintado en una lluvia de llanto!
- LEONCIO Pues para ti ¡uno de esos rayos de luz, soy yo!
¡Llora, llora, que yo pintaré el iris!
- VALEN. ¡Usted! No. ¡Esos rayos vienen de arriba!
¡No vienen nunca de charcas, ni de lodazales, que es por donde usted se revuelca!
- LEONCIO ¿Pues por qué no me das la mano para sacarme?
- VALEN. Usted tiene más fuerza que yo: yo no podría sacarle, y usted me haría caer dentro.
- LEONCIO Tú eres capaz de hacer de mí cuanto quieras. De corregirme, de purificarme. ¿Quieres que sea santo? Pues que ensanchen el calendario. ¡Ea, ya tenemos otro San Leoncio!
- VALEN. ¡No se burle usted!
- LEONCIO ¡Si no me burlo! ¡Si por ti, soy capaz de todo!
¡De lo absurdo, de lo imposible! ¡De lo que hace un mes me hubiera hecho estallar en una carcajada! ¡Vamos!... ¡Si esto es volverse loco! Valentina, Valentona, ¿quieres que nos casemos? (*Entre burlas y veras: con alegría, con risa; conmovido y burlón.*)
- VALEN. ¡Casarme contigo! (*Le tutea por primera vez.*) ¿Qué estás diciendo?... ¡Casarme contigo!... ¿Contigo?
- LEONCIO Sí; nos casamos y nos vamos en el «Yacht».
- VALEN. (*Cambiando de tono.*) ¿Adónde me lleva usted? ¿A la India o al Africa!... ¡Como a aquellas!

LEONCIO ¡Adonde quieras! ¿Al cielo? Pues al cielo voy contigo, a ponerme alitas blancas y a volar entre los angelotes. ¿Al infierno? Pues al infierno bajo abrazado a ti; a bañarnos en ríos de lava, a ponernos coronas de fuego, a besarnos por toda una eternidad, entré tormentos infinitos, con un beso que no acabe nunca.

VALEN. ¡No digas eso! ¡no digas eso!... ¡no diga usted eso!... ¡Mucho me quiere usted y me obliga a oír esas cosas! (*Sin saber lo que dice, aturdida y fascinada.*)

LEONCIO Yo no te obligo: puedes irte y no te vas.

VALEN. Es verdad: pues me voy. (*Moviéndose un poco.*) Me voy. Y ya no me verá usted nunca: nunca. ¿Lo comprende usted? (*Acercándose.*) Me voy para siempre.

LEONCIO ¡Si lo que haces es acercarte! ¡Tontuela, si tú me quieres! ¡Tus ideas, tus preocupaciones quieren separarte de mí; pero mi corazón le ha echado un ganchito al tuyo y no se va! ¿Lo ves? No te sujetan mis brazos y estás junto a tu Leoncio. ¡Como cuando éramos niños, Valentona! ¿Te acuerdas cómo te apretaba? ¡Pues ahora tengo más fuerza! ¡Como ahora te coja, quedas aquí ya para siempre! (*Abrazándola.*)

VALEN. ¡No! (*Desprendiéndose.*) Para nunca. Mañana mismo me voy con dos Salustio: está resuelto; esta es la última vez que me ve usted.

LEONCIO ¿Huir de mí? ¿No verte más? ¡Ah! ¡eso sí que no ha de ser! ¡Tú no me conoces! Has de ser mía: mi amante, o mi esposa, o mi esclava: lo que tú quieras. No... no... ¡mi Valentona ha de ser mi mujer! ¡y todo el mundo ha de verla orgullosa y feliz, colgadita de mi brazo!

VALEN. (*Tristemente, pero ya dueña de sí.*) No desatine usted, Leoncio. Yo no quiero, yo no puedo ser su esposa de usted.

LEONCIO ¿Por qué Pronto, dilo: ¿por qué? (*Nervioso, irritado.*)

VALEN. Porque se elige por compañero para toda la vida, al que puede serlo en esta vida y en la otra: hay otra, aunque tú no creas en ella. A un hombre digno, noble, a quien se ame y a quien se respete. ¡Yo acaso te amaría! (*Con arranque.*) Pero no te respetaría nunca. A un hombre a quien se le pueda pedir un consejo, ¿y qué consejos me darías tú, si yo fuese tan imbécil que te los pidiera? A un hombre cuyo brazo se pueda tomar, sin tener que preguntarle: «¿adónde me llevas hoy? ¿a la orgía, a la cárcel o al manicomio?» ¡No, contigo nunca!

LEONCIO ¡Valentina!

VALEN. A un hombre así, no se le da ni nuestro porvenir, ni nuestra alma, ni nuestro corazón; y si el alma y el corazón son tan débiles que hacia él se van, antes se desgarran una el corazón que lo desgarran él, y se hunde el alma en la sombra de un claustro, o se hace una hermana de la caridad; que más vale curar podredumbre ajena, que sentirla en nuestro espíritu o en el del sér por el cual daría una su salvación. (*Ya sin poder dominarse.*)

LEONCIO ¡Pero si es que tú puedes hacer de mí lo que quieras! Amándome, como me amas, porque eso se conoce... ¡si lo conoceré yo! ¿Soy un niño?... (*Con fatuidad de libertino.*) Tú puedes transformarme.

VALEN. ¡Oh!... ¡Esa ciencia que tan bien sabes, te imposibilita para conocerme a mí, miserable!

LEONCIO ¡Pero si es que eres para mí, lo que no ha sido ninguna mujer de este mundo!

VALEN. ¡Imbécil!

LEONCIO ¡Si eres mi único amor! ¡Yo he visto mujeres más hermosas que tú, que no tienes más que palídeces de santa y unos ojos que brillan mucho! ¡Y más dulces que tú, que no tienes más que asperezas y espinas y amargores de guindo silvestre! ¡Y más buenas que tú, que con todas tus piedades

religiosas, no tienes ni una palabra de esperanza, y por miedo a condenarte conmigo, no quieres subir al cielo conmigo! Pues bien; yo te prefiero a ti con todas tus espinas y crueldades, con todos tus amargores y egoísmos, a todas las mujeres de este mundo.

VALEN. ¡No se trata de «preferir»! ¡Se trata de ser «única» siempre! Tú no comprendes nada; nunca seré tuya.

LEONCIO Hoy le pido tu mano a don Salustio.

VALEN. Te la negará. Y si él te la concede, te la negaré yo. Busca otra mujer, que entre todas esas que dices, alguna habrá mejor que yo.

LEONCIO No; tú.

VALEN. ¡Te juro que no! ¡Jamás! ¡Nunca! Tú, a gozar; yo, con mis palideces y mis egoísmos, muy lejos. Mañana mismo, hoy, esta tarde.

LEONCIO (*Cogiéndola del brazo.*) ¡No harás eso que dices!

VALEN. ¡Demasiado sabes que sí!

LEONCIO (*Ya loco.*) ¡Es que tendréis que pedirme de rodillas, tú y don Salustio, que te acepte por esposa! ¿Tú no comprendes lo que yo soy?

VALEN. (*Desprendiéndose.*) ¡Pobre demente! ¡Quiere ser terrible y es ridículo! ¿Vas a darnos muerte a don Salustio y a mí?

LEONCIO ¡No me precipites! ¡Por última vez!

VALEN. ¡No!

LEONCIO ¡Valentina!

VALEN. ¡Silencio! (*Señalando hacia fuera.*)

ESCENA X

VALENTINA, LEONCIO, OROSIA, LUCIA, DON TRIFON y DON CRESCENCIO. *Las mujeres entran impetuosamente; los hombres con reposo.*

ODOSIA (*A Leoncio.*) ¡Al fin le encontramos!

LUCIA Gracias a Dios.

LEONCIO ¿Me buscaban ustedes, señoras?

OROSIA En compañía de estos señores.

- LEONCIO ¿Puedo servir a ustedes de algo?
OROSIA Se ha fijado para mañana la visita al «Yacht».
LUCIA Si no es molestia para usted.
LEONCIO Molestia, nunca. Honor, siempre.
OROSIA ¿Han acabado ustedes de enterarse? ¿Tendremos buen tiempo? (*A don Trifón y don Crescencio.*)
D. TRIF. (*Mirando hacia arriba.*) El viento cambió otra vez.
D. CRES. Esta tarde podremos decir algo. (*Mirando hacia abajo.*)
LUCIA Será inútil; de todas maneras iremos.
LEONCIO Yo respondo de vidas y haciendas. Sobre todo, de las vidas. ¿Y quiénes son ustedes los de la expedición?
LUCIA Los que usted ve.
LEONCIO ¿También Valentina?
VALEN. También.
LEONCIO (*Riendo.*) Pero, ¿usted se atreverá? ¿A que no ya ve usted que estos señores no responden del tiempo. ¿Y si tenemos tempestad?
VALEN. ¿Qué importa? Iré.
LEONCIO ¿Tendrá usted valor? (*Con tono burlón.*)
VALEN. Creo que sí.

ESCENA XI

VALENTINA, LEONCIO, OROSIA, LUCIA, DON TRIFON, DON CRESCENCIO y DON SALUSTIO

- D. SAL. Pero, ¿dónde está don Baudilio? En su casa no está. ¿Adónde se lo han llevado?
LEONCIO Cálmese usted. Las noticias fueron exageradas. Por ahora no corre peligro.
D. SAL. ¿De veras?
LEONCIO Respondo de don Baudilio, y respondo de estas señoras y de estos señores.
D. SAL. Fiador poco seguro.
D. TRIF. (*Mirando hacia arriba.*) Otra vez el tercer cuadrante.
D. CRES. (*Mirando hacia abajo.*) Mañana tendremos ciclón.
VALEN. Al «Yacht» mañana y de cara al peligro.

- D. SAL. ¡Quien ama el peligro en él perece!
- VALEN. Si es cobarde.
- LEONCIO Usted no lo es.
- VALEN. Ya ve usted que no. Yo «desprecio, desprecio profundamente» el peligro. Y lo «despreciaré» siempre.
- LEONCIO Pues mañana.
- VALEN. Pues mañana.
- D. SAL. (*Aparte a Valentina.*) ¿Vas a ir?
- VALEN. Sí. (*Lo mismo. Los demás hablan y rien.*)
- D. SAL. ¡Sea... lo que Dios quiera! (*En todo este final los personajes forman un grupo bien estudiado. Don Trifón mira hacia arriba; don Crescencio hacia abajo, pero sin exageración. Orosia y Lucía rien y hablan con Leoncio, y aparte están don Salustio y Valentina.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día

ESCENA PRIMERA

OROSIA, LUCIA y DON TRIFÓN

OROSIA ¿Quién había de decir que una?... ¿Cómo le llamaremos? «¿Una expedición?»

D. TRIF. *(Con tono de maestro.)* La «expedición» es empresa de guerra, que generalmente se realiza por mar. Y la nuestra, aunque se realizó por mar, no fué de guerra.

OROSIA Pero que va a dar «mucha guerra». Y en que habrá por lo menos una víctima. *(En voz baja y con intencionado acento a don Trifón.)* ¡Ea! pues yo la llamo «expedición». Y decía, que nadie hubiera creído que una expedición que prometía ser tan alegre, acabase de un modo tan... tan desastroso. Porque ha sido «desastroso», por las consecuencias principalmente. *(Con tono de misterio.)*

D. TRIF. Yo lo anuncié, amiga Orosia.

LUCIA Sí, don Trifón lo anunció. Es verdad.

OROSIA ¡Si fué una verdadera locura! ¡Qué viento... qué lluvia! ¡Parecía que el mar se había vuelto del revés! ¡Qué mar! ¡No tenía más, que abajo muchos abismos y arriba mucha espuma!... ¡Qué temporal, Dios mío!

- LUCIA La pobre Valentina debe estar ahora con un mareo espantoso, si no es que el «Yacht» se fué a pique y se ahogaron ella y Leoncio.
- OROSIA Basta, hija, basta. No hagas más comentarios.
- LUCIA Yo digo que le puede pasar a ella lo que nos pasó a nosotros.
- D. TRIF. Para nosotros no pasó todo ello de un buen susto y de un mareo.
- LUCIA Aquí viene don Crescencio.
- OROSIA A ver si trae noticias.

ESCENA II

OROSIA, LUCIA y DON TRIFON; DON CRESCENCIO, que entra mirando al suelo.

- OROSIA ¡Don Crescencio! Repare usted en la gente.
- D. CRES. Es verdad; ustedes perdonen. Pero en fin, cada cual a lo suyo, y todos a lo mismo. *(Con malicia.)* Don Trifón, a las palpitaciones atmosféricas; yo, a las palpitaciones terrestres; don Baudilio, a las palpitaciones nerviosas; Leoncio, a las palpitaciones de uno y otro pecho enamorado. El universo es una eterna palpitación. *(Da la mano a Orosia y a Lucía.)*
- OROSIA «Intencionado» viene usted don Crescencio.
- D. CRES. He andado por ahí, y he recogido «rumores»: no del esferoide terrestre, sino de la sociedad veraniega.
- LUCIA ¿Y qué dicen, qué dicen?
- D. CRES. Parece que la visita al «Yacht» fué tempestuosa y de consecuencias... para la pobre Valentina.
- OROSIA ¡Ah, sí, señor!
- D. CRES. Pues yo no conozco los pormenores. Cuenten, cuenten. *(Algo distraído y mirando hacia abajo.)* Pero ante todo, ¿qué es de don Salustio?
- OROSIA No está, no hay nadie en casa. Ni don Salustio, ni Felipe: de la pobre Valentina no hay que hablar. ¡Irás por esos mares!

- LUCIA No hay cuidado, no hay cuidado; va con Leoncio.
- OROSIA ¡Vamos, hija! (*Dirigiéndose después a don Crescencio.*) Pues don Salustio y Felipe estarán por el muelle, por la Capitanía del puerto, por el semáforo... buscando noticias del «Yacht». Y nosotros aquí con la ansiedad consiguiente. Son cuarenta y ocho horas que Valentina y Leoncio andan por esos mares de Dios.
- D. CRES. O del diablo. Con que a ver, venga el relato.
- D. TRIF. Pues bien; nos metimos en la lancha de Leoncio... ¡y al «Yacht»! que estaba muy lejos: en la boca del puerto.
- OROSIA ¡Qué olas!
- LUCIA ¡Qué espumas!
- D. TRIF. ¡Imponentes!
- LUCIA ¡Pero nosotras, heroicas!
- D. TRIF. A la mitad del camino, Felipe quiso que volviésemos, pero Valentina no quiso. ¡Esa sí que estaba heroica con su impermeable de capucha. (*Riendo.*) ¡Muy pálida, el cabello revuelto, separándose continuamente los mechones que el viento le echaba a los ojos, como si la tempestad «quisiera cegarla», sonriendo con aire triunfante y mirando siempre al «Yacht»! Diríase que iba en un bote de salvamento a salvar a Leoncio.
- OROSIA Es que vió a Leoncio pasar la barra cuando salvó a los pescadores, y ella quiso hacer una cosa parecida. Es muy buena, pero aquella cabeza no rige. Es una «mística romántica».
- D. TRIF. Al cabo Felipe se formalizó, y dijo: «Yo no acepto la responsabilidad de seguir. El mar está muy malo; cuanto más cerca de la boca, estará peor. Y, sobre todo, al «Yacht» no pueden subir las señoras.»
- OROSIA Y Valentina le replicó: «ni los hombres, si todos tienen los ánimos que usted.» Y se echó a reír.

- LUCIA Yo creo que eso acabó de marear a Felipe.
D. CRES. ¿Y qué más?
D. TRIF. Al fin, llegamos; aunque con mucho trabajo y mucho peligro, llegamos. ¿Pero, cómo subir al «Yacht»?
- OROSIA ¡Qué balances! ¡No tiene usted idea!
D. TRIF. Leoncio dió sus órdenes y bajó al pie de la escala. Nuestros apuros los tomaba a broma, y reía como un loco. Valentina reía con risa nerviosa. Los demás no reíamos, y Felipe estaba cadavérico.
- LUCIA No, señor; yo también reía. Si aquellos balances me gustaban muchísimo. Yo quisiera estar siempre balanceándome.
- OROSIA Porque tú no tienes juicio. Don Crescencio, el lance no era de risa.
D. CRES. ¿Y cómo terminó el lance?
D. TRIF. Después de mil probaturas, Leoncio cogió al vuelo a Valentina, que estaba en pie en la lancha, y, como si fuese una pluma, se la llevó a cubierta. Los dos, al subir por la escala, reían, envueltos por la espuma de las olas y oscilando con formidable oscilación entre el abismo y el cielo. ¡Era un grupo muy poético!
- LUCIA ¡Más poético que el de usted y Felipe, que parecían dos desenterrados! (*Riendo.*)
D. TRIF. ¡Qué mala es usted!
D. CRES. ¡Válgame Dios, qué aventura!
OROSIA Bueno, «ya hay una dentro»; pero, ¿y los demás? Se hicieron muchas tentativas, todas inútiles y peligrosas. Lucía se empeñaba en ser la segunda...
- LUCIA Y lo hubiera sido. Pero Leoncio «no quiso cogerme» como a Valentina. La partida no fué igual. «Yo subo como ella, si Leoncio me coge como a ella». (*Con mal humor.*)
D. TRIF. Al fin Leoncio renunció a traspordarnos.
- LUCIA Diga usted que no quiso; ya tenía a Valentina, y le bastaba.
- OROSIA ¡Lucía!
LUCIA La verdad.
D. TRIF. Para concluir: Leoncio nos gritó desde arriba, riendo mucho: «es imposible, otro

día será; vuélvanse ustedes a tierra.» Entonces Felipe protestó frenéticamente: «pues que vaje Valentina.» Y Leoncio con sorna: «Ya no es posible.» Y Felipe: «pues subiré yo.» Y el otro, asomándose a la borda: «pruebe usted.» ¡Ya era fácil! Entre todos contuvimos a Felipe.

D. CRES. ¿Y se volvieron ustedes a tierra dejando a Valentina en poder de Leoncio? ¡De Leoncio!... No me parece bien.

D. TRIF. Leoncio nos gritó que se acercaría al muelle para desembarcar a Valentina; que, además, Valentina quedaba en buena compañía; y entre dos marineros, asomaron la figura descompuesta de don Baudilio, que parecía un espectro. Luego supimos que hacía cuarenta y ocho horas que estaba en el «Yacht». (*Riendo.*)

D. CRES. ¡Bonita compañía y segura!

OROSIA Ello fué que volvimos al muelle a esperar a Valentina. Y aquí empieza la parte seria, muy seria, y de consecuencias graves para nuestra pobre amiga.

D. TRIF. El «Yacht» no volvió. (*Bajando la voz.*)

OROSIA El «Yacht» salió del puerto. (*Lo mismo.*)

LUCIA Nada, que Leoncio se llevó en su «Yacht» a Valentina, a la India o al Africa.

D. TRIF. Y así estamos.

OROSIA. Una hazaña de Leoncio.

LUCIA ¡Y figúrese usted, con este temporal!

D. CRES. ¿Y por qué se fué el «Yacht»?

D. TRIF. Hay quien dice que perdió las amarras y que tuvo que salir a alta mar para que las olas no lo arrojasen contra la escollera.

LUCIA ¡No es eso, no es eso! Se marchó Leoncio para llevarse a Valentina.

OROSIA Oye, Lucía, ¿quieres subir al mirador a ver si ha entrado el «Yacht» en el puerto?

LUCIA Bueno, iré; pero no se apuren por Valentina. Yendo con Leoncio, no hay cuidado. Después de todo, debe ser delicioso navegar en un «Yacht» tan hermoso, con tiempo tempestuoso y bebiendo champagne es-

pumoso. ¡Y lo ocurrente que estará Leoncio! Nada, que yo quisiera estar en el lugar de Valentina. *(Sale por la escalerita.)*

ESCENA III

DON CRESCENCIO, OROSIA y DON TRIFON

D. CRES. ¡Qué criatura! Es inocente y monísima!

OROSIA Y ahora, cuéntenos usted lo que se dice.

D. CRES. ¡Se dicen tantas cosas!... ¡Yninguna buena! ¡Ya sabe usted lo que es la murmuración!...

D. TRIF. Pero, ¿qué cuentan?

D. CRES. ¡Horrores! «La noticia del día» es que Leoncio ha robado a la pupila de don Salustio; así, «en crudo».

D. TRIF. El lance se presta a comentarios, no cabe duda.

D. CRES. Algunos afirman que era «valor entendido» con Valentina; que ella se dejó robar.

OROSIA ¡Qué calumnia!

D. CRES. De todas maneras, la reputación de la pobre Valentina, acabó. En el muelle, en el paseo, en el Casino, no se habla de otra cosa «¡La fuga de Valentina! ¡El rapto de Valentina!»

D. TRIF. Es cierto; por desgracia, es cierto.

D. CRES. Hay quien supone... ¡hasta dónde llega la malicia!... que se trata de comprometer a Leoncio y de hacerle casar con Valentina; ¡porque como es inmensamente rico!... ¡Después de todo, la jugada sería buena! ¿eh? ¡Ay, calle usted, por Dios! ¡Pero también es empeño de difamar! Leoncio y Valentina no iban solos; con ellos iba don Baudilio.

D. TRIF. ¡Famoso guardián!

D. CRES. Pero, ¿qué dicen ustedes?... ¡Vuelven la vista! ¿Quién viene por allí?

OROSIA ¡Don Baudilio!

D. TRIF. ¡Don Baudilio!

OROSIA ¡Pero entonces ya llegaron todos! ¿Cómo no están aquí Valentina y Leoncio?